

REVISTA VASCONGADA

Organo de la Sociedad Económica Vascongada

DE

AMIGOS DEL PAIS

(SEGUNDA ÉPOCA)

Director: SR. D. LEONARDO DE MOYUA



SAN SEBASTIÁN

PALACIO DE BELLAS ARTES

Imprenta de «La Voz de Guipúzcoa»

Año 2.º, tomo I.—Núm. 18.

31 Diciembre de 1901

REVISTA VASCONGADA

Organo de la Sociedad Económica Vascongada

DE

AMIGOS DEL PAIS

(SEGUNDA ÉPOCA)

DIRECTOR: SR. D. LEONARDO DE MOYUA

SUMARIO.—Conferencia dada el 19 de Diciembre por D. Alfredo Larrocha, acerca de la música de Cuartetos.—Necrologia.—Conciertos de los días 11, 15, 25 y 29.—Visita de S. S. M. M. los Reyes D. Fernando VII y D.^a Amalia de Sajonia á la ciudad de San Sebastián en el mes de Junio del año 1828.

CONFERENCIA

dada el 19 de Diciembre por D. Alfredo Larrocha
acerca de la música de Cuartetos

Confiando en la indulgencia de tan respetable como inteligente auditorio, y creyendo de oportunidad el tratar asunto tan interesante como es la *música de cuartetos*, me atrevo á exponer á vuestra bondad este mal perjeñado trabajo, en el cual veréis reflejada la opinión de críticos tan autorizados como Sauzay, Picquot de Bar-le-Duc y otros de cuyas obras me he valido para recopilar datos que creo interesarán á los amantes de este género tan elevado de la música.

Una de las partes más interesantes de nuestra biblioteca musical, es sin duda la combinación instrumental conocida bajo el nombre de *Cuartetos*, entendiéndose bien que este nombre es aplicado naturalmente á todas las combinaciones de instrumentos de cuerda como son, *Trios*, *Cuartetos*, *Quintetos*, etc. etc., y, que el uso designa bajo el nombre genérico de *Cuartetos* como el tipo más perfecto de su género.

Por último; este género de música íntima reservada en otro tiempo á sus solos conocedores, tiende cada día á salir de su carácter primitivo para constituir el placer de todos; pero en este orden de ideas, la sola voluntad no es suficiente, y para encontrar un placer completo es menester

darse cuenta exacta de todos sus procedimientos y penetrarse bien de su sentido.

Origen de la música de Cuartetos

Cerca de siglo y medio ha transcurrido desde los primeros ensayos de la música de *Cuartetos*.

A partir de aquélla época, es decir, hacia 1760 diversos genios han tratado este tan elevado género del arte y le han ilustrado por las cualidades que les distinguen, pero sobre todo, tres genios colosales resumen las condiciones de los demás y han realizado en sus obras todo aquello que el arte puede ofrecer de más puro y más perfecto; *Haydn*, *Mozart*, *Beethoven*, han explotado esta mina fecunda, y por la sucesión no interrumpida de sus trabajos durante un período de más de 60 años, han llevado la música á un estado de perfección que sólo podría compararse al que tuvo la literatura en tiempo de Luis XIV, ó la pintura en tiempo de León X.^o

De este modo, y para dar más fuerza á este estudio, concreto tan solo estos tres grandes maestros, entre la pléyade de sus contemporáneos y diversos genios que después han cultivado este género.

Pero antes de entrar en materia, creo útil para hacer bien comprender el valor de su obra, seguir el desenvolvimiento particular que ellos aportaron al arte, indicando cuáles eran anteriormente los recursos instrumentales apropiados á lo que llamaban entonces *música di cámara*, música que fué el origen del género de que nos ocupamos aquí.

Hacia el siglo XV, por no remontarnos al tiempo en que la palabra *vielle* ó *gaita*, *viola*, *rebeca* etc. etc., representaban confusamente los instrumentos de cuerda y arco, la división de estos instrumentos basada sobre las proporciones de las voces, existía ya, bajo el nombre de *violas* una misma familia, en la cual se distinguen, el *alto de viola* ó *violeta*, la *viola da bracia* la *viola da gamba* y la *viola baja*, ó *violone*.

La reunión del cuarteto de estos instrumentos, se llamaba *juego de violas*; además de este cuarteto, había otras *violas*, tales como la *viola bastarda*, la *viola de amor* y la *viola di bordone*.

Los más antiguos *luthiers* ó constructores de estos instrumentos, fueron: Juan Kerlino, *luthier* en Brescia hacia 1450. Diuffoprugcar, establecido en Bolonia hacia 1510. Garpar di Salo 1550 y á quien se le atribuye la forma actual del violín, y sus derivados. Māgini, 1570. Andrés Amati, 1576 y sus discípulos, viniendo después la época del célebre Nicolás Amati, nacido en Cremona en 1596, que tuvo por discípulos á Andrés Guarnerius, y al más ilustre de todos, Antonio *Stradivarius* (cuyo nombre de familia es *Stradivari*), y que llevó el violín al más alto grado de perfección.

Las *violas* que formaban el cuarteto eran altas y anchas de aros, montadas con cuerdas finas y poco tirantes, y el mango dividido por trastes como los de la guitarra; estos instrumentos correspondían bien por sus sonidos á la naturaleza de la música de que estaban encargados de interpretar.

Todas estas *violas*, salvo la *viola da gamba* y el *violone*, se tocaban sobre la rodilla, como se puede ver por los cuadros de la época, entre otros el de Pablo Veronés, *Las Bodas de Canadá*, que data de 1550, y donde se ven estos instrumentos entre las manos de pintores célebres, como son su autor Pablo Veronés y Tintoreto, que tocan la *viola da bracia* y el Ticiano la *viola baja*.

Si añadimos á las *violas* los instrumentos pulsados, como el *laud*, la *tiorba* y la *guitarra*, y aquellos de teclado como la *espineta*, el *clavicordio*, el *virginal* y el *clavecin*, reconocemos, que si bien la música de aquel tiempo no podía pretender á la unidad y pujanza de nuestras orquestas modernas, tenía al menos en sus matices, diversos timbres y por el carácter de los instrumentos, una cierta dulzura y sonoridad, de un encanto particular.

Algunas de las composiciones que han llegado hasta nosotros, nos enseñan con qué arte se agrupaban estos instrumentos, y cuál era la variedad de composición de aquellas orquestas.

Citaremos un ejemplo: un concierto *di càmera*, de Strobach, 1696, para *mandolina*, *laud*, *viola de amor*, *viola baja* y *clavecin*; una composición sacada de Virginius Book por Gervasio, para cinco *violas* 1556, y otras obras en fin que sería prolijo nombrar.

Sin embargo, citaremos la *Romanesca*, famoso aire de baile italiano, á fines del siglo XVI, para violín acompañado de guitarras; este aire expresivo y tierno, donde el movimiento moderado y el modo menor corresponden tan poco á nuestras ideas modernas sobre el baile, nos enseña cuanto este arte tomado entonces en serio, se prestaba por la naturaleza de sus ritmos al sentimiento noble y gracioso.

El estudio de la música de aquel tiempo nos daría numerosos ejemplos, entre otros, el célebre baile de la época de Enrique III, que aunque en él se encuentran como piezas movidas, gigas y el famoso baile de los Gallos, encierra muchas sarabandas, chaconas, gavotas y bailes graves.

Por mucho tiempo la música instrumental ha tomado su carácter y sus aires al baile, y las *alemanas*, *courantes*, *passe-pied*, *gavotas*, *menuet* y otros, han servido de título á las obras de nuestros grandes maestros.

La *viola* continuó su tranquilo reinado, hasta principios del siglo XVIII, pero en esta época se abre un período de transición durante el cual el empleo del violín tendió á sustituir á la viola; Lully funda la primera escuela seria de violín con la institución de la *banda de violincillos*, que bajo su dirección habilísima, hizo hacer á este instrumento un progreso real.

Para esta pequeña orquesta, Lully compuso numerosos *tríos* y otras piezas de conjunto, que citamos como pertenecientes al género de que tratamos, y que eran destinadas á la música oficial, que el Rèy Luis XIV oía todos los domingos al salir de misa.

Un autor contemporáneo dice á propósito de estas composiciones: «Antes de Lully sólo se consideraba el canto agudo en las piezas de violín; Lully hizo cantar todas las partes tan agradablemente como la primera, é introdujo fugas admirables, y movimientos desconocidos hasta entonces por los maestros.»

Un poco más tarde (1740) la *viola* recibía un rudo golpe con la llegada á Francia de los grandes violinistas Geminiani, Somis, discípulos y émulos de Corelli, fundador de la escuela italiana; al mismo tiempo Leclair, á quien puede considerarse como el jefe de la escuela francesa, daba al violín, por su habilidad en las dobles cuerdas, un ímpetu desconocido hasta entonces; todas estas condiciones y circunstancias, se reunieron en aquellos momentos para destronar á la *viola*.

Sin embargo, la *viola baja* á pesar de de los progresos crecientes del violín, continuó mucho tiempo aún (bien que como instrumento aislado), siendo favorecido por personas del rango más elevado; vemos un retrato de Isabel de Francia, hermana de Luis XVI, que existe en el Museo de Versalles, fechado en 1782, donde esta princesa está tocando una *viola baja* montada con siete cuerdas, y con el mango dividido en trastes.

En otro cuadro designado con el título de *Salón de Monseñor el Príncipe de Conti*, 1763, es por demás interesante, está Mozart á la edad de siete años, sentado al *clavecín*, sobre el cual hay recostada una *viola baja*.

Por último, vino la actual *viola*, llamada así en italiano y español, *alto* en francés y *Bratsche* en alemán, la cual se escribe en clave de *do* en tercera línea y que no es sino una *viola* recortada, que en cierto modo sirvió de lazo de unión entre el antiguo cuarteto y el cuarteto moderno. Así es que hacia mediados del siglo XVIII es donde se puede fijar la época de esta revolución musical; el caso está graciosamente descrito en un opúsculo publicado en Amsterdam en 1740 titulado: *Defensa de la VIOLA BAJA contra las USURPACIONES del violín y las PRETENSIONES del violoncello*, por Huberto le Blanc, doctor en derecho. Este título sólo, puede dar una idea del estilo *heróico-cómico* de tan divertida defensa; desde estos momentos podemos ver qué instrumentos y composiciones son modificadas completamente; el violín y sus derivados toman definitivamente el puesto de las *violas*, sustituyendo á la suavidad de aquellos instrumentos su impetuosa y penetrante sonoridad; bien pronto los arcos perdieron su forma arqueada para tomar otra más apropiada á la pujanza y variedad del nuevo estilo; al carácter generalmente dulce y tierno que hasta entonces dominaba en la música, sucedió un estilo más firme y más severo.

Los conciertos que vemos en uso en los siglos XVI y XVII, la sonata para diversos instrumentos, tomaba entre manos de los grandes maestros Bach, Haëndel, Corelli y Tartini, un desenvolvimiento y proporciones tales, que satisfaciendo igualmente el interés musical y el de la composición, debían llevar progresivamente el arte á la forma que practicamos hoy.

Y es, en efecto, bajo la influencia de estas felices innovaciones, y particularmente por el estudio de la música de Manuel Bach (hijo del gran Sebastián), por lo que Haydn ha fijado y apropiado al cuarteto esta forma, continuada después por Mozart y Beethoven, y sobre la cual trataré de iniciar á tan distinguido auditorio, por medio de un análisis sucinto.

Análisis de la forma de las piezas que componen un cuarteto

Un cuarteto se compone generalmente de cuatro piezas ó tiempos.

PRIMER TIEMPO.—El primer tiempo generalmente de un movimiento moderado, sirve en cierto modo de exposición, y determina el carácter de los siguientes. Encontramos ante todo una repetición, en la cual el autor expone lo que podríamos llamar las *ideas madres*, que vuelve á decir para mejor apreciarlas; después viene una segunda repetición, donde cual un hábil abogado, presenta las mismas ideas bajo todas sus fases, las trabaja, las modifica por cambios de parte, de tono, de acompañamiento, volviendo por último, por modulación, al tema principal seguido de una conclusión.

Se ve al primer golpe de vista todo cuanto el talento del compositor puede sacar de tal desenvolvimiento y desarrollo, y cuán lógica es su forma.

Andante viene enseguida bajo la forma de *Largo*, de *Adagio* ó de *Andante*, estos movimientos lentos, son lo que podríamos llamar la parte meditativa del cuarteto.

Allí el espíritu se calma y se eleva por la grandeza y anchura del pensamiento, enterneciéndose y soñando bajo el encanto y dulzura del sentimiento.

Este tiempo y el *Andantino*, que es la expresión animada, no siempre tiene repeticiones.

Algunas veces el tema se desarrolla (particularmente en la obra de Haydn) en forma de canto recitado por el primer violín y sólo acompañado por las otras partes, como figura que se destaca sobre el fondo

de un cuadro También á menudo sirve de tema á variaciones, y qué admirables ejemplos tenemos en las obras de Haydn, Mozart y Beethoven!

Hoy pocos gustan de esta forma y no admiten el tema con variaciones, llamándole usado y pasado de moda, lo que se explica, dado el abuso que han hecho los ejecutantes *virtuosos*; sin embargo, sería bueno juzgar prudentemente esta cuestión, pensando que el *Adagio* de la sinfonía en *do menor* de Beethoven y el de la sinfonía con coros y tantas otras obras que se consideran como tipos de innovación, son temas variados que ocultan su origen enlazándose sin repeticiones

El *Minueto* ó *Scherzo* es una pieza corta, siempre á tres tiempos y que viene á colocarse entre el *Adagio* y el *Final*. Dividido en dos partes cada una, está formada por dos repeticiones; la segunda de estas partes es generalmente en tono diferente, y se escribía á *trío*, como lo indica el nombre que de entonces le ha quedado; después un *Da Capo* vuelve al *Minueto*, el cual se dice sin repetir, terminando en él. Esta pieza de transición y de un efecto seguro, tanto por lo agradable como por su concisión, nos viene evidentemente de las antiguas danzas, de las cuales hemos hablado antes, como *minuet*, *pavanas*, *chaconas*, *gigas*, *gavotas*, etc., etc.

En cuanto al *Scherzo* que á veces ocupa el lugar del *Minueto* y del que toma en general la forma primera, el *trío*, las repeticiones y el *Da Capo*, Beethoven ha dado á este tiempo tan peculiar en él (más que el *Minueto* propiamente dicho), un movimiento vivo que se mide á un tiempo, un desarrollo más intenso y más brillante.

FINAL. El cuarteto se termina con un *Final* que no siempre tiene dos repeticiones, pero donde sin embargo dominan el carácter frecuente y periódico del motivo principal; tal es, por ejemplo, el corte del *rondó*. Este tiempo participa en su desarrollo de la naturaleza activa de las ideas primeras, animando al auditorio, por el atractivo de su vivacidad, vivacidad en la que reposan los tiempos anteriores por esta misma ligereza del estilo. Tal es en general la forma del cuarteto, que el genio ó la fantasía pueden variar hasta lo infinito, pero en la cual han sido escritas las más hermosas obras de los grandes maestros.

Si analizamos esta forma, encontraremos ante todo, bajo el punto de vista general del arte, que ésta tiene por la diversidad

de sus tiempos, la ventaja de realizar el principio de la *variedad en la unidad*, y bajo el punto de vista especialmente musical, prueba que la lengua de los sonidos tiene su gramática y su lógica como toda otra lengua; que en la música como en la literatura, la frase obedece á las leyes de construcción y de deducción, y que para toda imaginación ejercitada y observadora, puede y debe expresar sin salir de su dominio, todo orden de sentimientos y de ideas, desde las más elevadas, hasta las más simples. La música considerada de este modo, no es ya para el auditorio un placer del oído, sino al contrario, de un interés poderoso, donde las causas y los efectos se dirigen á la vez al corazón y al cerebro, cada uno según el grado de instrucción ó de intuición naturales.

De los instrumentos del cuarteto

Examinemos ahora cuáles son los recursos instrumentales del cuarteto propiamente dicho, y su valor individual y relativo. Dos violines, una viola y un violoncello, constituyen esta pequeña orquesta, á la que nadie supondría la misteriosa fuerza que encierra. Estas cuatro voces, son á la vez cuatro espíritus, que cantan, hablan, discuten y se armonizan bajo la influencia que les domina.

Al *primer violín* pertenece el derecho de elección, así como la responsabilidad del movimiento, la indicación del carácter general de la obra, la iniciativa de la frase y todas las condiciones en fin de que dependen el conjunto moral y material del cuarteto. El debe, cual un director de orquesta, dominar el conjunto, llevar ó retener el tiempo, y sin embargo estar siempre dispuesto á abdicar, para tomar en un momento dado el papel de acompañante; sin esta elasticidad de autoridad del primer violín, cualidad más rara de lo que se piensa, el cuarteto no sería una armoniosa conversación, sino que se tornaría bien pronto en querrela, y llevados por el ejemplo del jefe, cada cual trataría de aplastar y dominar á su compañero, triunfando egoístamente sobre las ruinas de la obra.

El *segundo violín*, confidente natural del primero, á pesar de su modesto papel, está sin embargo llamado á cada momento á dominar á su vez en esta conversación musical. Esta parte se ejecutaba antes sobre un instrumento más grande que el violín, pero de sonoridad menos brillante, distinguiéndose fácilmente en el conjunto;

pero hoy que el sonido de los dos instrumentos es idéntico, es menester por parte delejecutante, de gran discreción é infinito tacto, para mantenerse en su justo medio, y de la parte del oyente, un gran cuidado para seguirle en su papel delicado, que le hace bien aparecer brillante y sonoro en un pasaje interesante ó bien desaparecer entre un acompañamiento secundario.

En cuanto á la *viola*, su papel en el cuarteto es de conciliación; afinada una quinta más baja que el violín, parece que la misma naturaleza de esta quinta, la coloca para entrelazar lo agudo del violín y lo grave del violoncello. Su voz dulce y expresiva, participa, aunque guardando siempre su timbre particular, de la redondez del uno, y de la brillantez del otro; á ella son confiadas esas notas en que la sensibilidad doliente y plañidera no pueden ser traducidas ni por la voz dominante del violín, ni por la poderosa y firme voz del violoncello; parece ser en el cuarteto, lo que es el fagot en la orquesta.

Por último viene el *violoncello*, el cual se presenta con el doble aspecto de bajo grave de acompañamiento, (como lo emplea Haydn en gran número de sus cuartetos), ó bien como parte cantante, recorriendo toda la extensión del diapason, y encargado de pasajes tan difíciles como las otras partes del cuarteto, como así lo han tratado Mozart y Beethoven y con ellos todos los compositores modernos.

Sobre esta parte tan importante, se apoya la bóveda de este edificio armonioso, y su importancia como base del cuarteto, modulación, ritmo, etc., etc., iguala casi á la del primer violín.

En el *Quinteto* la asociación de una segunda *viola* ó de un segundo *violoncello*, cambia de tal modo los recursos de sonoridad, que se presta á los efectos sinfónicos.

En cuanto al *Trio* que se trata generalmente en un estilo concertante, se ha escrito; bien para dos violines y bajo, ó bien (y esto es lo más usual) para *violín*, *viola* y *violoncello* y ya sabemos el partido que ha sabido sacar Beethoven de esta última combinación en su obra 9 que nos ofrece como el modelo más perfecto.

He aquí, pues, el Cuarteto considerado bajo el doble aspecto *de la forma de la obra* y del *carácter de los instrumentos*. Unamos á estas dos condiciones el *sentimiento creador*, que domina y resplandece en todo, y comprenderemos entonces toda la grandeza de un arte, que puede intere-

sar y embelesar bajo diferentes puntos de vista; al sabio por el interés de la forma, al instrumentista por el de la ejecución, y al poeta por el lenguaje que mejor responde al suyo.

De la ejecución y de la audición

Desde el modesto cuarteto de aficionados, hasta la brillante interpretación del hábil artista que ante un numeroso público sabe conmoverle, al par que le instruye, el placer del cuarteto se presenta bajo diferentes grados y aspectos. Diremos, sin embargo, que la mejor condición para bien gozar de este género de música, es la intimidad, atractivo que se une también á la sencillez encantadora que los maestros antes citados han sabido guardar. Es esta intimidad la que deja al ejecutante la libertad de elección, el abandono, lo inesperado, lo espontáneo, el olvido de sí mismo por la obra. Es, en fin, esta misma intimidad la que permite gozar sin segunda intención de ciertas bellezas en que la ciencia domina y que se temerían comprometer en presencia de un público demasiado numeroso.

También es, sobre todo en esas deliciosas reuniones de artistas y de aficionados, donde el culto del arte es tradicional; en esas reuniones íntimas compuestas de amigos escogidos, acostumbrados desde la infancia á practicar lo bello bajo todas sus formas, quién la música, quién la pintura, quién la poesía; imaginaciones claras, cuya simpática admiración, llega é inspira al ejecutante, que encuentra sin contradicción, el verdadero placer del cuarteto al cual lleva su más completa expresión.

Se abre uno de esos libros llenos de obras maestras, con su maravillosa variedad de caracteres y de movimientos. Pero, ¿cuál de aquellas páginas escoger?

La disposición del momento, el ruego de un amigo presente, á menudo el recuerdo de alguno que no se encuentra allí para reclamar su obra predilecta, hacen en fin caer la balanza: entonces, qué impresión tan deliciosa como el principio de un cuarteto, cuya armonía conmueve espontáneamente todos los ánimos, liga á la misma idea, edades y caracteres diferentes y cambia en un instante el estado del alma! Los cuartetos se suceden, Haydn trae á Mozart, Mozart á Beethoven; entonces el instrumento toma vida bajo la mano del artista que lo oprime, y responde é inspira á la vez; toda dificultad desaparece, éste, lleno de fervoroso entusiasmo por el maestro, no toca por sí mismo sino por su espí-

ritu, la discusión harmónica se empeña y se anima; los cuatro ejecutantes forman una sola alma penetrando unidos en aquellas bellezas, elevándose y elevando al auditorio hasta las más altas regiones del arte. Tal es el atractivo del cuarteto, que nadie sabría describir sino el mismo.

No se crea, sin embargo, que estos placeres que alabamos por tantos conceptos, son de la voluntad de quien los hace nacer, ni de quien los comparte: todo es cuestión de una íntima disposición, un no se qué que subyuga el espíritu, nada puede ordenarlo ni nada puede prepararlo, y, sin embargo, la más pequeña causa puede descomponerlo. Que un indiferente penetre en este centro de activas sensaciones, de admiraciones calurosas, y enseguida será notada la presencia del profano, siendo esto suficiente para que este hermoso edificio, nacido de la inteligencia y la convicción, se tambalee y caiga por tierra bajo la sola impresión de la ignorancia ó del fastidio.

Si para evitar este peligro, nos encerramos en la soledad y el recogimiento, y huímos de todo auditorio, reconocemos bien pronto que estas grandes ideas son demasiado generosas para haber sido creadas con el sólo objeto de un placer egoísta, y que está en su esencia el ser comunicadas y compartidas.

Tal, es, pues, la importancia que tiene el papel de oyente, y la influencia que ejerce sobre el ejecutante en cambio de mutua simpatía y de inteligente admiración.

Todo el mundo oye, pero pocos escuchan y menos aun comprenden. Bien es verdad que las condiciones de una audición perfecta son tan numerosas como complicadas y tanto más difíciles de llenar, pues exigen una especie de abnegación de sí mismo.

Un oyente atento, instruido, sin pedantismo, sin tener por sistema la admiración ó el desagrado, sensible y simpático á las bellezas de la obra, penetrándose en el alma del ejecutante para hacer germinar la elocuencia, escuchando para sí solo, sin imponerse á los demás, entusiasta y discreto, es bajo el punto de vista que nos ocupa, un músico perfecto, un modelo rarísimo, que solo puede realizarlo, un conjunto de instinto y de experiencia.

Coloquemos á este oyente modelo, ante el cuarteto, como á un espectador ante un cuadro, pero ante un cuadro que anda y en el que es menester distinguir los personajes á través la rapidez del movimiento.

Melodía, armonía, ritmo, forma general de la obra; cuatro elementos constitutivos de la música que se presentan simultáneamente á nuestro oyente, cada uno con el grado de importancia relativa que le ha asignado el compositor. Ya vemos cuán rico es este programa, pero al mismo tiempo cuán complejo.

Generalmente, en el primer tiempo de un cuarteto, la primera repetición expone con bastante sencillez las ideas, para que la *melodía* se distinga y sobresalga en cierto modo por encima del acompañamiento sostenida por algunas modulaciones en los tonos relativos; todo hasta aquí es fácil; pero llega bien pronto la segunda repetición, esta piedra de toque de la audición, en la cual la melodía serpentea de una parte á otra, se divide en fragmentos, ó se estrecha en imitaciones que es menester seguir con doble interés.

Allí es donde domina la *armonía* con sus entrelazados dibujos y todo un séquito de modulaciones, que por cambio de tono reviste á cada idea de un color nuevo.

Unamos á esto algún *ritmo* interesante, y por encima de todo *la forma general de la obra* á la cual el compositor da, y con justa razón, tanta importancia, y se nos concederá que esta reunión de intereses tan diversos, pueda ofrecer tanto atractivo al oyente experimentado, como obstáculos que vencer á todo aquel que no está iniciado.

De este modo vemos cuán grande y poderoso puede ser el interés que domine nuestro espíritu, con las combinaciones puramente musicales, y las ideas fecundas que éstas exprimen dentro de la esfera que le es propia, y sería en nuestro sentido comprometer sus goces y exponerse á perderlos, buscando en esta música instrumental, que abre un campo tan vasto á la imaginación, la representación positiva de un hecho ó de una idea filosófica.

Lo que distingue á esta música sobre toda otra, y particularmente de la teatral, es que ella puede ser perfecta y completa por sí sola, sin salir de su propio dominio, y por el sólo atractivo de las acertadas combinaciones que le ha sugerido el genio, diremos, pues, sin entrar en la cuestión de *el arte por el arte*, que es menester, para ser sincero, considerar en general este género de música como un noble recreo de nuestro espíritu y como un lujo en el arte, que Dios permite al hombre, como ha creado las flores para encanto de sus ojos.

Cuántas obras maestras podríamos citar

entre las de los grandes compositores á las cuales sería imposible el asignarlas un carácter determinado, y sin embargo son hermosas creaciones tanto por la elección de sus proporciones como por la armonía del conjunto.

Es, pues, bajo estos principios por los que el músico debe escuchar su propia lengua, y para que fundándose en la fuerza de sus argumentos, no se aleje de ellos al querer buscar en otro idioma una traducción más exacta.

Tal es el camino que trazamos tanto al ejecutante como al oyente, considerándolo como el más sencillo y el más seguro para llegar á una completa inteligencia de la obra.

Sin embargo, aunque esto sea en música, como en cualquiera otra ciencia, la ventaja de la educación, no negaremos que esta lengua natural y generosa como todas las grandes manifestaciones del arte, no pueda ser pan para el fuerte y agua para el débil y que sin el *conocimiento de sus causas*, muchos débiles no podrían gozar del misterioso encanto que rodea á toda obra maestra. Por eso es por lo que la música se dirige á la mayor parte del auditorio, hoy que todo es para todos, y es por lo tanto, bajo este punto de vista por el que el artista debe de mirar la cuestión práctica tal como el tiempo presente nos la ofrece, recogiendo con solicitud esta buena voluntad para comprender, que si bien ella no hace al oyente completo ni perfecto, al menos, lo prepara y educa, correspondiendo á sus simpatías, abriendo ante sus ojos los libros que eran hasta aquí hojeadas por bien escaso número, y no pregunte nunca si la aplicación es justa ni si esta naturaleza de ideas íntimas corresponde bien con las del vulgo.

La iniciativa tiene sus secretos, y el progreso musical es demasiado real en su extensión y profundidad para que pueda ser combatido.

Sólo comprendiendo el artista que su misión está llamada á poner lo verdadero en el lugar de lo falso, es como llevará á ese público neófito, á comprender y amar los monumentos de nuestro divino arte.

HE DICHO.

San Sebastián 19 Diciembre 1901.



NECROLOGIA

D. Indalecio Arriacruz

Fué uno de los más entusiastas fundadores de esta Sociedad, moviéndole á ello sus aficiones artísticas musicales y su amor al País.

Dejó de existir, tras de larga enfermedad, y cuando parecía que la vencía, pues pocos días antes de entregar á Dios su espíritu, se inició en él una mejora que hizo á su familia y amigos concebir esperanzas, que la triste realidad se encargó de destruir.

Pertenecía á una de las familias más conocidas de San Sebastián, y lazos estrechos de amistad y compañerismo, le unían con cuantos vivían, cuando todavía permanecían en pie las murallas que circundaban la ciudad.

Pasó sus juveniles años en América, en donde su inteligencia y trabajo le hicieron acumular pingüe fortuna.

Violoncellista distinguido, tomó parte como tal, en varios conciertos de esta Sociedad y especialmente recordamos, que bajo la dirección del maestro Larrocha, formó en la orquesta que ejecutó el concierto grandioso organizado en honor de la Sociedad Filarmónica de Bilbao.

Los datos artísticos, y lo serio de sus aficiones musicales, se demuestran con sólo decir, que cultivaba el cuarteto de cuerda, y toda la llamada música *di camera*. En efecto, antes de que naciera La E. Vascongada, en el modesto hogar del inolvidable D. Juan José Ormazábal, en aquel ambiente, saturado por el genio de los clásicos, en aquella salita (antesala de la gloria) simpática en extremo, como lo era el bueno de D. Juan José (q. s. g. h.) allí Arriacruz (q. e. p. d.) tocaba el violoncello del cuarteto, del trio, de la Sonata, debidos á la enorme potencia creadora de los Beethoven, Mozart, Mendelssohn, Haydn, Schubert, etc.

También con Gainza, Múgica, Garaizábal y Echart, tomaba parte en sesiones particulares, llegando á organizar semanalmente sesiones de cuartetos, en donde solo y exclusivamente se tocaban cuartetos de Beethoven, Haydn y Mozart.

Descanse en paz el Amigo del País, que dedicó la mitad de su vida á labrarse una fortuna, y la otra mitad, á depurar sus aficiones artísticas, rindiendo culto fervoroso al más divino de los Artes, siendo un instrumentista apreciable y un *amateur* distinguidísimo.

D. Odón Marthe

De nacionalidad francesa este Amigo del País, por haber visto la primera luz en nuestra vecina república, la infinidad de años que llevaba en San Sebastián, hacía que se le considerara como compatriota, y sobre todo, como un *donostiarra*.

El arte del mobiliario y decoración de habitaciones, recibió, merced á las iniciativas guiadas por la inteligencia del señor Marthe, impulso notabilísimo, siendo indiscutiblemente uno de los industriales que en San Sebastián hizo más y mejor en el desarrollo de este arte.

Así montó su industria estableciendo sus talleres en la Avenida de la Libertad, viéndose en los escaparates de la lujosa tienda, muebles ricos, de todas clases, en los que la tabla artística y el gusto refinado rivalizan.

Actualmente estaba Odón Marthe construyendo un hotel en el Paseo de los Fueros, contribuyendo así al ornato de esta bella Ciudad, en esa parte de la misma, en ese paseo que va á ser dentro de poco un verdadero encanto, centinela avanzado, que da idea al viajero que llega por el ferrocarril del Norte, de lo que es San Sebastián, dejándole asombrado, y pensando—¡tal es la idea que tenemos de nuestra patria!—si en vez de estar en España, se hallara en alguna de las más bonitas y pintorescas ciudades de allende los Pirineos

Odón Marthe, que en su industria llegó á ocupar uno de los primeros puestos y por su cariño á esta ciudad, empezó á dotarla de un edificio que contribuye á su belleza y adorno, mereció el aprecio de sus conciudadanos por su laboriosidad, honradez y condiciones de inteligencia superiores.

¡Dios haya acogido en su seno el alma de nuestro amigo!

Conciertos de los días 11, 15, 25 y 29

CONCIERTO DEL DIA 11

Ayer se celebró en el salón biblioteca de la Sociedad E Vascongada la audición de música DE CAMERA que daban los alumnos de la clase de cuartetos de la Academia de Música de dicho centro.

El cuarteto en *re menor* obra 76 de Haydn obtuvo una interpretación muy esmerada por parte de los alumnos Otaño, Sabadie, Irigoyen y Mendiburu, distinguiéndose el joven violinista Otaño, que dijo muy bien el andante.

Tanto él como sus compañeros fueron muy aplaudidos al final de cada tiempo, por lo correcto de la ejecución y la igualdad con que matizaron el cuarteto.

En la segunda parte figuraba el primer cuarteto de Beethoven, encomendado á los alumnos Basurko, Iturralde, Gainza é Iruretagoyena, los cuales demostraron una vez más sus condiciones artísticas, pues fueron puestos en relieve en la interpretación de este cuarteto, tanto por el primer violín Basurko, que dijo fielmente su parte al par que sentía y matizaba sus frases, como el segundo violín Telesforo Iturralde, que con gran aplomo secundaba la parte á él encomendada; Gainza en la viola es ya bien conocido de todos, é Iruretagoyena en el violoncello, es siempre el intérprete seguro.

Todos fueron muy aplaudidos, recibiendo la felicitación del distinguido público que salió muy complacido de esta primera audición.

El Sr. Larrocha recibió las felicitaciones del presidente de la Diputación Sr. Machimbarrena, del diputado Sr. Romero y de cuantas personas acudieron á la velada, rogándole se repitiesen estas sesiones íntimas.

CONCIERTO DEL DIA 15

Empecemos por lo último. El público, que fué muy numeroso y muy distinguido, salió muy satisfecho del concierto.—Ha sido muy bonito—decía—la orquesta ha estado á gran altura.

En efecto, la orquesta obtuvo muchos y muy merecidos aplausos. Su mayor parte está compuesta de elementos salidos de la Academia de Bellas Artes, y este dato es tan honroso para la Sociedad como satisfactorio para San Sebastián.

Orquesta que ejecuta la sinfonía en «do mayor» de Bethoven como ayer la ejecutó la de Bellas Artes, es una buena orquesta á la cual hay derecho á pedir más. Por lo menos, la segunda sinfonía... para pedirla después la tercera.

La tocada ayer es, ya se sabe, la más sencilla, la más clara, la más graciosa y quizá en algunos tiempos como en el rondó final, al que llamó Berlioz «niñada», la más pobre. Los oyentes, aun los de la cáscara amarga, no la discuten. La admiten sin rodeos porque la comprenden. Los de la cáscara dulce, ¡no digamos! ven en toda la obra la influencia de las ideas de Mozart, y se relamen de gusto.

El primer tiempo resultó muy bien dirigido y el auditorio se vió gratamente sorprendido con tan excelente ejecución. También en el andante se vió la seguridad de los ejecutantes y la maestría de la batuta sacando los desarrollos fugados con mucha lucidez. Mejor aun resultó el minueto ó «scherzo», cuya gracia y frescura tuvieron su debido realce. Y mejor interpretado aun que todos estos tiempos, nos pareció el «allegro» final, muy ajustado, muy preciso y con toda su característica vivacidad.

El público premió tan esmerada labor con nutridas salvas de aplausos.

La segunda parte fué una selección de preciosidades. El *albumblatt*, de Wagner, que es una hoja de album que más parece un cuadro de Van Dick, bellísima página cuya poesía y cuya forma melódica recuerdan la de la muerte de *Isolda*; el «scherzetto» de Godar, de seductora filigrana; dos aires de Leo de Delibes, delicados y fragantes, como todo lo de este autor, y de los cuales se repitió uno, y la hermosa marcha de Rakoczy, voluptuosa como una danza húngara de Brahms y elegante y genial como un himno madgyar, todo ello muy afinado, muy justo y muy bien dirigido.

La marcha fué repetida; es realmente una preciosidad.

Conque... una felicitación muy sincera al maestro Larrocha. El de ayer ha sido triunfo para él y para la orquesta que bajo tan buenos auspicios ha comenzado la temporada.

CONCIERTO DEL DIA 25

Se celebró el anunciado concierto el miércoles á las cuatro y media de la tarde.

La sala estaba llena y entre el numeroso auditorio figuraban no pocos aficionados á la música, que habían venido de Tolosa, de Irún, de Rentería y de otros pueblos.

El programa, como es sabido, se componía todo él de música alemana, y ocurrieron dos cosas dignas de mención.

Primera, que no obstante las prevenciones de muchos aficionados contra la intrincada música de Schumann á la que oponen como modelo de sencillez y claridad la de Bethoven, fué Schuman mucho más fácilmente comprendido que

Bethoven, hasta el punto de que, de no ser por Schubert, que fué el que realmente obtuvo el triunfo mayor, la palma de la victoria hubiera sido para Schuman.

Y segunda, que, como cuando Nikisch dió su famoso concierto, muchos antigermanistas hubieron de confesar que la música alemana oída en Alemania ó interpretada por alemanes es cosa muy distinta á la que comunmente oímos por aquí.

El cuarteto Heermann es digno del renombre que tiene. En ejecución no puede darse nada más perfecto. Hay instantes en que parece que en vez de los cuatro instrumentos toca un órgano. Los *pianos* son una maravilla de precisión y los «diminuendos» parecen más bien hechos por algo mecánica que desvanece matemáticamente el sonido, que ejecutado por manos humanas. Agréguese á esto la calidad de los magníficos instrumentos de los ejecutantes, y se comprenderá la impresión que producen en el auditorio.

Una de las más grandes satisfacciones que tuvo Heerman y sus compañeros, fué la religiosidad, la devoción con que les escuchó el auditorio. Es verdad que aunque no existiese la educación musical que hay, bastaría la prodigiosa manera de ejecutar del cuarteto para tener al público en continuo éxtasis.

Las ovaciones fueron muchas y estruendosas y los cuatro maestros alemanes tuvieron que salir al palco escénico dos veces después del cuarteto de Schubert y tres después del de Schuman.

El de Beethoven no interesó tanto, especialmente el último tiempo, y de él, más que nada, las variaciones, de una complicación tal, que aparece sacrificada á ella la belleza de la frase y hasta la de la sonoridad. No parecía Beethoven el que brindaba al auditorio labor tan difusa y fatigosa; y lo parecía menos después de haber ofrecido Schubert y Schumann andantes de tan soberana hermosura, siendo como es Beethoven rey de los andantes.

Alterado el orden del programa, esto es, poniendo el cuarteto de Beethoven en primer lugar, la impresión general del público hubiera sido muy otra, porque habría quedado en el paladar el sabor gratísimo de Schumann y Schubert para cuyos preciosos cuartetos no caben otros intérpretes que los que anteayer tuvieron y de los que puede afirmarse que son, ejecutando, la perfección misma.

Fué, pues, el concierto una solemnidad artística de la que que lará recuerdo imperecedero y que, además, honra á la sociedad que la ha organizado, debiendo servirla de estímulo para preparar otras audiciones de igual magnitud.

CONCIERTO DEL DIA 29

A los numerosos triunfos de nuestro ilustre Leo de Silka hay que agregar el de ayer. Supone este concierto esfuerzo tan grande de voluntad, trabajo tan colosal, abnegación tan grande, que con haber sido estruendosas las ovaciones tributadas por el auditorio á nuestro gran artista, resulta poco pago á su imponderable labor.

Componían el programa diez obras, de las cuales solamente tres eran de un solo autor, Chopin; y dos de otro, Schubert; pero de ellas algunas como la marcha militar de Schubert y la nupcial de Mendelsshon arreglada por Liszt equivalen á una docena.

En mi humilde juicio, la ejecución del programa del concierto de ayer tiene mérito infinitamente mayor que la de otros en los que Leo de Silka ha consagrado todo su trabajo á un sólo autor, porque así como el héroe de la novela más popular de Daudet decía que no hay como vivir cerca del mar para que todo lo sepa á uno salado porque las auras del yodo todo lo impregnan, así es más fácil impregnarse de Beethoven ó de Mendelsshon ó de Grieg consagrando á música de uno de ellos una sesión entera con todo el trabajo de preparación que supone. Lo difícil es impregnarse de músicos diferentes y dar á cada personalidad su carácter especial, á cada estilo su sello peculiar, á cada idea la expresión que la inspiró.

Y esto es lo que hizo Leo de Silka ayer con programa tan variadísimo y por lo mismo tan difícil.

Bach, clásico puro, tiene una personalidad de un relieve poderoso, y darle éste como se le dió Leo de Silka en la Fantasía cromática y fuga es empresa gigantesca que sólo artistas de su talla pueden acometer; pero en la segunda parte, otro de los clásicos más puros también, Gluck iba asociado con uno de los modernistas más geniales é innovadores, Saint Saens, y destacar las dos figuras sin confundirlas, dar á cada cual lo suyo y á los dos juntos el colorido y la brillantez de la concepción, es obra de un artista que requiere algo más que la perfección del mecanismo: el chispazo del genio para asimilarse lo que otros genios concibieron, y darles vida y expresión.

Esas dos obras fueron seguramente las de más empeño para el gran pianista. Sin embargo, el auditorio se entusiasmó más con las dos marchas, la militar, de Schubert y la nupcial, de Mendelsshon, arreglada por Liszt.

Cierto que en ellas se reveló el pianista prodigioso de siempre, dominando el teclado tan pronto con movimientos de manos que más parecían saltos de gato juguetón, tan pronto con

zarpazos de fiera enloquecida, arrancando torrentes de notas puras y cristalinas cadencias inverosímiles y pasando del matiz fuerte al suave con una precisión de consumado maestro y un gusto de refinado artista; pero si grande es su mérito ejecutando con limpieza y precisión labor tan colosal, no lo es menor interpretando aquellas tres páginas de Chopin, y, sobre todo, aquellas variaciones de Schubert, dichas con imponderable delicadeza, con elegancia singular.

Parece mentira que las manos que ejecutaron inmediatamente después la hermosa marcha de Schubert, llena de acordes que ponen á prueba una pulsación de hierro, hicieran antes aquella labor tan finísima, filigranada con las variaciones, número que con los dos citados, la fantasía de Bach y el bailable de Gluck-Saint Saens, constituyó, á mi juicio, lo más grande de la colosal labor de Leo.

La sala estuvo llena, llenísima; no había un asiento desocupado, y las ovaciones fueron unánimes y atronadoras, como homenaje justo rendido al talento y al arte de nuestro insigne pianista.

VISITA DE SS. MM.

los Reyes D. Fernando VII y D.^a Amalia de Sajonia á la ciudad de San Sebastián en el mes de Junio del año 1828

SUMARIO

Invitación de la Diputación de Guipúzcoa.—Accede Fernando VII.—Nombramientos de comisiones.—Eligese para alojamiento del Rey la casa de D. Fausto Corral, hoy día la Central de carruajes del Sr. Tremiño.—Arreglo del camino real de Hernani.—Proyéctase dar corridas de toros.—Día 4 de Junio.—El batallón de los Tercios de esta provincia, el de la Guardia real y el del Provincia de Monterrey.—Música de aficionados y comparsas de labradores, de espata-dantzaris y de borruca.—Llegada de SS. MM. al alto de San Bartolomé.—Arcos de triunfo.—Presentación de autoridades.—Don Joaquín de Barroeta Aldamar.—Bailes en la tarde de dicho día.—Simulacro de combate naval.—Iluminaciones en las iglesias de Santa María y San Vicente.—Los Tercios de la provincia montando la guardia de Palacio.—El 5 de Junio día del Corpus —Te-Deum y misa solemne en Santa María.—Asisten los Reyes.—Se suspende la procesión por la lluvia.—Bailes en la tarde del 5.—El músico D. Pedro Albeniz.—Grandes iluminaciones y fuegos artificiales.

—Gran baile de sociedad en las salas del Ayuntamiento y del Consulado.—Alegria popular.—Día 6 de Junio.—Encierro de los toros y prueba por la mañana.—Dulzainas y tamboriles.—Corrida por la tarde.—Iluminaciones.—Los Reyes reciben en corte á las señoras del pueblo.—Día 7 de Junio.—Segunda prueba de toros.—El diestro Carreto.—Besamanos en Palacio.—El Rey va á pie á la plaza.—Segunda corrida.—Toros de Guendulain y de Zalduendo.—Iluminaciones y fuegos artificiales.—Cecen-suscos.—Nuevos bailes.—Día 8 de Junio.—Celebrase la procesión del Corpus.—Asisten S. S. M. M. quienes admiran la cultura y sensatez de los donostiarros.—Novillada por la tarde, á la que también asiste la Reina.—Gran comparsa.—Escudo de armas de España é Indias.—Palomas mensajeras.—Emoción de Fernando VII.—Iluminación de las casas particulares.—La Diputación distribuye 1957 raciones á la guarnición.—Día 9 de Junio.—Encierro de los toros de la Bardena.—Cuatro por la mañana y seis por la tarde.—Oda al Rey.—Iluminaciones y fuegos artificiales.—Tamboril en la calle, y vales en el ayuntamiento y Consulado.—Día 10 de Junio.—Juegos de gansos y de cucañas en la bahía.—Pesca maravillosa.—Barbarines y chipirones.—Los Reyes reciben en audiencia particular al ayuntamiento.—Colocación de la primera piedra de la actual Casa Consistorial.—El Obispo de Ciudad-Rodrigo.—Campanas y cohetes.—Donativo de los Reyes—Serenata á S. S. M. M. con música improvisada por Albeniz.—Flautas y guitarras.—Día 11 de Junio.—Despedida de S. S. M. M.—El perdón de las faltas.—Consideraciones generales.

De vuelta del Principado de Cataluña se hallaba S. M. el Rey D. Fernando VII en Zaragoza cuando, á invitación de la Diputación de Navarra, acordó visitar este Reino en compañía de su esposa D.^a Amalia, hija del príncipe Maximiliano de Sajonia, con la que había contraído sus terceras nupcias el 20 de Octubre de 1819. La Diputación de Guipúzcoa pensó que viniendo el Rey tan cerca no rehusaría el dar una vuelta por esta Provincia, y en este sentido elevó una solicitud á S. M.

Empezaba el mes de Mayo cuando se supo de oficio que el Rey accedía á los deseos expresados, visitando á San Sebastián.

El Ayuntamiento de aquella época] se componía de los señores siguientes:

Alcaldes.—D. Joaquín Luis de Bermingham.—D. Juan Ramón de Arambarri.

Regidores Jurados.—D. Joaquín Javier de Echagüe.—D. Miguel José de Eraunzeta.

Regidores.—D. Juan José de Aramburu.—D. Víctor de Munive.—D. Pablo de Collado.—D. Juan Antonio de Arruabarrena.

Diputados del común.—D. Jerónimo de Zidalceta.—D. Joaquín Antonio de Elósegui.

Síndico procurador general.—D. Eustaquio Diez de Güemez.

El Consulado lo constituían los señores don Francisco Antonio de Echagüe, Prior.—D. José de Arambarri, primer Cónsul.—D. José María Ansorena y Garayoa, segundo Cónsul.—D. José Lorenzo de Lavaca, Consultor.—D. José Manuel de Collado, íd.—D. Evaristo de Echagüe, íd m.—D. Joaquín Ignacio de Minondo.—D. José Antonio de Olarreaga, Síndico.

Ambas Corporaciones se pusieron de acuerdo para concurrir en común á los festejos que debían organizarse, y sin dilación alguna nombraron sus respectivos comisionados, quienes fueron, por parte del Municipio, los Regidores D. Joaquín Javier de Echagüe y D. Pablo de Collado; y por parte del Consulado los Sres. D. José de Arambarri y D. Evaristo de Echagüe, á los que se agregaron como auxiliares otros cuatro vecinos, todos los cuales proyectaron desde luego y empezaron á preparar los festejos que debían hacerse. También se apresuró el Ayuntamiento á ponerse en comunicación con la Junta general de la provincia, que había sido convocada dos meses antes de la época ordinaria, y se hallaba reunida á la sazón reunida en Motrico con objeto de preparar el recibimiento á SS. MM. La Junta general tomó á su cuidado disponer el alojamiento real y proveer tanto las mesas de SS. MM. como las de su comitiva y servidumbre; acordó también contribuir con la tercera parte de los gastos que ocasionasen los festejos y nombró una Comisión especial de su seno compuesta de los Sres. D. Joaquín Francisco de Barroeta Aldamar, don Francisco José de Olazábal, D. Bernardino de Echagüe y D. Juan Antonio de Lardizábal para que entendiera en los obsequios que la provincia se había propuesto hacer á SS. MM. durante su permanencia en la ciudad.

Los Comisionados del Ayuntamiento y Consulado y sus auxiliares, presentaron el día 11 de Mayo el presupuesto de las funciones que podían hacerse y de los monumentos que podían erigirse con sus correspondientes diseños, y ya estaba todo dispuesto cuando llegó la Comisión de la Provincia y se supo la generosidad con que quería compartir con las otras corporaciones los gastos de los festejos proyectados.

Reunidas las tres Comisiones, con los agregados á ellas dieron gran impulso á los preparativos ayudados, justo es decirlo, por todo el vecindario, cuyos principales habitantes se apresuraron á desprenderse de sus mejores muebles para alhajar las habitaciones reales, aun á trueque de no recibir en sus casas como hubieran querido, con ostentación, á las personas que procedentes de la Corte venían á San Sebastián atraídas por las fiestas proyectadas, así es que aun cuando la Provincia había tomado á su cargo el amueblamiento del Palacio, puede asegurarse que la Ciudad la dispensó de este cuidado en gran parte.

Una circunstancia favorable facilitó sin mucho dispendio un alojamiento decoroso para S. S. M. M. á pesar del poco tiempo que medió entre el anuncio de su venida y el día de su llegada. La casa de D. Fausto Corral, situada en la Plaza Vieja y reedificada hacía poco tiempo, fué elegida por sus buenas condiciones de situación y amplitud de habitaciones para hospedar á los Reyes: así es que sin tener que derribar ni un solo tabique, dice el narrador anónimo del cual tomamos estas breves notas, estuvo Su Magestad alojado con toda la comodidad que era posible en aquella época, con cuartos igualmente cómodos para las personas de la servidumbre que vivían habitualmente en Palacio con salones espaciosos para las mesas de Estado, cocinas muy capaces, despensas y demás oficinas necesarias. Una de las cosas que más agradó á las Comisiones al ocuparse de este asunto fué el que los balcones de la casa de Corral, dominando las murallas que entonces circuían la ciudad, dejaban á la vista no solamente el panorama

que se extendía por las orillas del Urumea y los montes de los alrededores, sino la bahía y el puerto de San Sebastián.

Dispuesto ya el alojamiento de Sus Majestades de la manera más cómoda posible, se ocupó el Ayuntamiento del acuartelamiento de su Real Guardia, de la adquisición de camas y demás utensilios necesarios, de la colocación de la comitiva y caballerizas, por ser todo esto del cargo peculiar de la ciudad y puede asegurarse que á pesar de las pocas facilidades que prestaba este pueblo á medio reedificar, y de los pocos recursos de sus habitantes en aquella época, superó á todo el celo diligente de los capitulares, que proporcionaron comodidades á todos los huéspedes.

Entre tanto los jóvenes de todas clases se adiestraban en los juegos y diversiones que se preparaban, y en todos los ángulos de la ciudad resonaban los sonidos melodiosos de la música y del canto.

Estas agradables ocupaciones entretuvieron á toda la población hasta el día 4 de Junio en que debía verificarse la entrada de SS. MM., y decimos toda la población, porque los que no contribuyeron con su talento ó con su persona á los ensayos de las diferentes diversiones que estaban preparándose, se ocuparon de la composición del camino real de Hernani, de la construcción del de la Herrera y de la reedificación de aquel muelle, cuyas importantes obras se concluyeron como por encanto pocas horas antes de la llegada de SS. MM. El interior de la población fué también hermoseado en aquellos pocos días, blanqueándose todas las casas y arreglándose particularmente las de la Plaza Nueva (hoy de la Constitución) cuyas cornisas fueron adornadas con cenefas de tela color carmesí.

Todos cuantos intervinieron en la preparación de las diferentes diversiones calculaban lo que podía hacerse en cada uno de los días de la permanencia de SS. MM.; y como los festejos acordados por las Corporaciones no parecían suficientes según este cálculo. proyectaron varios vecinos el dar de su cuenta corridas de toros, para lo que se

presentaban varias dificultades: la primera era la gran probabilidad de perder dinero, pero este inconveniente fué puesto á un lado por los que concibieron el proyecto, llevados del deseo de concurrir á los obsequios á costa de sus intereses, y no como una empresa lucrativa. La segunda dificultad consistía en la falta de barreras, y en la escasez de tiempo para construirlas, pero la generosidad de aquellos vecinos y la habilidad y destreza del gran número de operarios que había en esta ciudad con motivo de su reedificación, triunfaron de ese inconveniente, llevándose también á cabo dicho proyecto.

Llegó por fin el día 4 de Junio y desde el amanecer salieron de sus casas todos los habitantes de San Sebastián, lo mismo los que vivían entremuros como los de los barrios rurales, corriendo en tropel á ocupar las orillas del camino en la larga extensión que abrazaba su término jurisdiccional. El golpe de vista era de lo más pintoresco. Entre tanto todas las casas de la ciudad se cubrían con colgaduras de buen gusto preparadas en los días anteriores. Uno de los batallones de Tercios de esta provincia, que era el correspondiente á este partido, los de la Guardia Real y el Provincial de Montevideo, que guarnecía esta plaza, se tendieron en toda la carrera desde el Real Palacio hasta San Martín. Una música numerosa compuesta exclusivamente de aficionados del pueblo vestidos con gusto precedía á una comparsa de labradores de formas hercúleas que estaban preparados para conducir á SS. MM.

Seguían otras dos comparsas, la una de cincuenta vecinos rurales que al son de los tamborileros de la ciudad y de otros los más acreditados del país vascongado ejecutaban la danza de espadas, y la otra estaba compuesta de jóvenes de quince años adiestrados en la representación de los juegos de los antiguos guerreros cántabros, vestidos los unos y los otros con vistosos trajes.

Poco antes de las diez de la mañana anunció el cañón la llegada de SS. MM. á la jurisdicción de esta ciudad, y entre las aclamaciones de la numerosa población

rural que había abandonado sus caseríos llegaron al cerro de Balmaseda y se adelantaron hasta dar vista al convento de San Bartolomé. Detuviéronse un momento contemplando el precioso panorama que se extendía á sus pies. A su derecha, el Urumea que nace en las montañas de Navarra que confinan con nuestra provincia, bajaba serpenteando por el precioso valle de Loyola, bañaba la planta de infinitos caseríos, formaba en sus sinuosidades amenas huertas y floridos jardines, lamía el pie del cerro sobre el cual se encontraban los Reyes y pasando por debajo de un largo puente construído en 1825, que une las dos orillas desembocaba en el mar en el punto en que las olas van á romperse al pie de la antigua casa solar de los Oquendos.

A su frente se presentaba el monte Urgull ⁽¹⁾ con el castillo de la Mota en su cresta, á cuya falda se levanta la ciudad que iba á hospedarles. Las murallas se estrechaban contra el castillo entre Norte y Sur, las aguas la oprimían de poniente á levante azotando sus muros, y era tan corto el recinto que le dejaban que no parecía sino que apretada por la base iba á saltar por encima de sus fortificaciones.

En la ensenada que se extiende vogaban una multitud de lanchas y botecillos vistosamente pintados; las murallas estaban coronadas de gentes, y entre el estampido del cañón que disparaba la plaza, los roncros truenos de las descargas que hacían los barquichuelos de la Concha y los voladores que partían del barrio extramural de San Martín causaban una confusión bulliciosa, en medio de cuya algarada llegaron SS. MM. á un arco de triunfo apoyado en las dos plazuelas ó lunetas que formaba el camino real en sus dos espolones laterales; cuatro pilas-tras estriadas del bello orden jónico, recibían sus respectivos cornisamentos arquitrabados, sotabancos y escudos unidos de la provincia de la ciudad, cuyos cuerpos hacían los lados del arco, prestando un paso cómodo para peatones en el andén de cada espolón,

(1) Y no «Orgullo», como dicen los que no saben vascuence.

de ocho pies de anchura, á manera de intercolumnios laterales, al espacioso paso del centro del arco.

Este arco que abrazaba todo el ancho de la carretera, tenía 19 piés de anchura, y se hallaba montado sobre los sotabancos de los cornisamentos indicados de cada lado en forma semicircular orlada de laureles con fajas de cintas blancas, y colgadas de él con gracia otras sartas de laureles, y terminaba sobre su vértice con una lápida y corona imperial de relieve, presentando el todo una altura de 36 piés y 40 de anchura.

Diferentes inscripciones se hallaban esculpidas en las cuatro superficies tiradas de las cornisas arquitrabas, dos por cada lado, y en la lápida central del vértice del arco.

En la fachada al Camino Real y cornisa de la derecha se leía lo siguiente:

Ferdinando VII.
Hispaniarum regi, hispanorum patri
Cantabriam invisenti
Lipuzcœa filii omnes, easonenses precipue,
Urbe fere instaurata
Regia munificentia cito perficienda,
Posuere.

EN LA CORNISA IZQUIERDA

Amaliæ reginæ
Imperii decori, dilectissimæ populo
Omnium spei,
Universa Lipuzcoa, easonensesque
Singulariter devoti
Ob regis amorem, virtutis premium
Dicarnut.

EN LA PARTE CENTRAL DEL VÉRTICE DEL ARCO

A la moderna Ilion ven Fernando;
Las ruinas atestiguan nuestra fé;
Los monumentos tu reinado ensalzan,
Por tí cayó, la alzaste y en tí espera.

EN LA FACHADA Á LA CIUDAD Y CORNISA DE LA DERECHA
EN VASCUENCE

Fernando VII maitagarriari
Españetaco erregue, Españaren aita
Anciña-eraco cantauria icustacen duena
Guipuzcoaco seme guciac, ta batez ere donostiac
Aurretatua daucatelaco uriaren berriztutcea
Ceña bucatea uste duten beraren berrionan bidez
Escaintcen diote oroicari au.

EN LA CORNISA IZQUIERDA DEL MISMO LADO

Erreguiña Amalia maitatiari
Erreiñuaren apanigarria, erriac chit ascó maite duena,
Zorionguciona, Guipuzcoa osoac, eta batez ere donostiac
Berari dion naitasun bero bici banaitarequin
Irregue-enganaco ichupen gartsua gatic, et doaitasumen saritzat
Escaintcen du amodiozco zati chiqui au chit gogoz.

EN EL VÉRTICE DEL ARCO DE ESTE MISMO LADO

Ilion berristatura betor Fernando
Galquerac dacuste gure fedea
Oroit garriac goit alchatcen dute bed rren erreinaldia
Erori zan bedorregatic, jaso zuen,
Eta bedorrengan ichero tendu edertcea.

El Ayuntamiento, el Consulado y Cabildo eclesiástico, con otros clérigos que se le agregaron, y las comunidades religiosas estaban esperando debajo del arco. Los alcaldes presentaron al Rey las varas, y el de primer voto, como también los Presidentes de las otras corporaciones, tomaron la palabra para saludarle en nombre del pueblo. Entre tanto los robustos labradores de que hemos hecho mención más arriba que se habían propuesto conducir á Su Majestad, se pusieron en marcha llevando á los Reyes en medio del mayor bullicio. Pasadas las obras exteriores de fortificación volvió á sorprender á S. S. M. M. la nueva perspectiva que se presentaba al entrar en la Ciudad por la puerta de tierra. Desde ella se desembocaba en la Plaza Vieja, de cien varas de longitud y veintidos de latitud, que formaba un paralelogramo regular. El frente opuesto á las murallas estaba coronado con galerías ó soportales públicos de pilares cuadrados almohadillados y arcos rectos adintelados, sobre los que descansaban seis grandes casas nuevas con cornisas, aleros iguales, y tres órdenes de ventanas y balcones.

Sobre dichos arcos se leían las siguientes inscripciones:

EN EL DE LA DERECHA

Gasó post oppugnationem funditus eversa
an. 1813.
Reges Ferdin, et Amal-suos admodum instaurata
Hospites exceptit an 1828.

EN EL DE LA IZQUIERDA

La Ciudad de San Sebastián asaltada y derruida
en 1813.
Reedificada en gran parte hospedó á Fernando
y Amalia sus Reyes en 1828.

A los dos ángulos en forma de martillo que terminaban el paralelogramo, se habían construído dos suntuosas casas, una de las cuales, la del costado accidental, hoy cen-

tral de carruajes del señor Tremiño, estaba destinada para servir de Palacio á S. S. M. M. El contraste que resultaba en aquella época, entre las obras envejecidas y los caminos sinuosos de la fortificación para entrar en la Ciudad, y las magníficas casas que aparecían á la vista al pasar la puerta, causaban una agradable sorpresa á todo el que venía por vez primera á San Sebastián. Pero en dicha ocasión el contraste era todavía más sorprendente, por la compostura é igualdad del pavimento, la blancura de los arcos y casas, y las bellas colgaduras que adornaban todos los balcones.

S. S. M. M. se apearon á la puerta del Palacio donde les esperaba la Diputación por esta Provincia para recibir y acompañar á los Reyes en su distrito, que se componía de D. Ramón de Mendizábal y Azcue, Diputado general en ejercicio, de los Condes de Peñaflores y del Valle, de don Santiago de Unceta, D. Juan Francisco de Lasa y D. Alejandro de Burgué con los dos Consultores D. Manuel Bernardo de Larrodobuno y D. Luis de Arocena y el Secretario de la Provincia D. Juan Bautista de Arrizabalaga. Reunida dicha comisión á la comisión económica de obsequios nombrada por la misma, saludaron á Su Majestad quienes despidieron bondadosamente á todas las autoridades. Seguidamente descendieron de sus respectivos carruajes los individuos que formaban su Real comitiva; y después de haber observado el inmenso concurso de gente que había afluido á aquel punto, que S. S. M. M. no salían por entonces al balcón, se dispersó por todas las calles.

Los individuos de la comisión económica de la Provincia enseñaron á S. S. M. M. las habitaciones que les estaban destinadas. Uno de estos comisionados, D. Joaquín de Barroeta Aldamar, quedó encargado de hacer las funciones de Conserje, y asistir cerca de S. S. M. M. para proporcionar todo lo que pudiera echarse de menos: y esta especie de representación de todo el país que reunía Aldamar, hizo que estuviera cerca de los Reyes en todas las funcio-

nes públicas para darles las explicaciones que le pedían.

Por la tarde se colocó un espacioso tablado en frente del Palacio, y á luego que Su Majestad salieron al balcón se bailó la antiquísima danza de espadas por la comparsa de «Ezpatadantzaris» compuesta de cincuenta fornidos labradores. Este baile de espadas, «Espatadantza», de tiempo inmemorial en Guipúzcoa y de los más antiguos de España, era uno de los principales con que se solemnizaban las festividades del Corpus y de los Santos titulares de los Pueblos, y los tránsitos de las Personas Reales por el País. Tenía su música particular muy agradable y bulliciosa, destinada además del baile de espadas para anunciar algún fausto suceso, como que era de obligación de los tamborileros de los pueblos usar de ella cuando se recibía alguna noticia favorable al Gobierno ó al País en particular. Este baile conservaba el carácter guerrero y marcial de los antiguos vascongados; era obsequio dirigido á las autoridades y al mismo tiempo una escolta, un cuerpo avanzado que las precedía descubriendo el campo hasta asegurarse que podían pasar con seguridad y sin riesgo. Se componía de los mozos más robustos del pueblo y de los más diestros y ágiles en el manejo de las espadas, y danzaban en cuerpo de camisa, ceñidos con fajas de seda encarnada, y otra á manera de banda, adornados los brazos con cintas, una toca particular de muselina con encage en la cabeza á manera de casquete chato romano, calzón negro, media blanca y zapato, capitaneados por uno al que llamaban «Buruzari».

Formaban una columna en cuatro hileras enlazados por las manos con sus espadas largas, á excepción de cuatro conocidos por el nombre de «Azquendariac», los que así como el capitán se distinguían en el adorno de la cabeza, y en que llevaban dos espadas cada uno. Formados de esta manera avanzaban en columna capitaneados por el «Buruzari» bailando á compás y haciendo sus giros á derecha é izquierda, hasta que extendiendo el capitán los dos brazos en alto

dando vuelta á la izquierda, hacía pasar por debajo de sus espadas á todos los que le seguían, formando arco, y salir al frente los cuatro «Azquendariac» que venían á retaguardia, quienes con una espada en cada mano bailaban al son de la «Espatadantza» con las espadas derechas; luego pasando á un presto vivísimo ó paso de ataque, aceleraban rápidamente sus mudanzas blandiendo y jugando á compás con suma destreza y agilidad la espada de la mano derecha primero, luego la de la izquierda y al último las dos, avanzando de frente, dirigiéndose al flanco derecho y al izquierdo en posturas de ataque y defensa, y remataban con un grotesco y airoso brinco conocido con el nombre de «zorrotza» en significación de la victoria y del dominio del campo de batalla. Entonces el capitán y la columna de danzantes que han estado en observación, celebraban la victoria bailando todos á un compás vivo; formaban enseguida con las espadas una vistosa bóveda ó pabellón de honor abriendo calle, vueltos hacia las autoridades que les seguían, como dándoles á entender que el campo era suyo y podían avanzar con seguridad; luego pasaban éstas por debajo de la bóveda ó arco de espadas, como pasaron SS. MM. todas las veces que les presentaron este obsequio, con gran contento de los danzantes

En seguida la comparsa de jóvenes de 15 á 18 años representó los juegos de los antiguos guerreros cántabros, expresión de las costumbres puras y varoniles de nuestros valerosos mayores. Este segundo baile conocido en el País con el nombre de «Burruca» (lucha ó riña) pretenden los entendidos en estas cosas ser de origen más remoto que la «Espatadantza», haciendo subir algunos su antigüedad á tiempos anteriores al descubrimiento del fierro; pero todos convienen en que cuando menos es coetáneo de los Cántabros. Tiene el mismo aire y argumento guerrero que la «Espatadantza» y sus sonatas particulares en compás de seis por ocho (Saltocoac) y allegros (Saltarinchoac) y en contrapás (Agurra). Todas las mudanzas y pasos de este baile son be-

licosos y según tradición, los mismos que usaban los Cántabros y con las mismas armas. Rompían el baile avanzando en dos hileras con su Capitán á la cabeza, quien llevaba en la mano derecha un bastón (Maquillacho) adornado de flores en señal de mando. A la llamada (Deya) que hacía el tamboril, bailaba primero el Capitán un paseo (Ibilqueta). Concluído el paseo, á otra llamada del tamboril los demás danzantes imitaban el paseo del Capitán avanzando todos á compás al frente, y enseguida dando media vuelta á derecha é izquierda, marchaban de dos en dos hacia los flancos, reconociéndolos. El capitán pasaba al medio de las hileras bailando y reconociendo el terreno opuesto y le seguían los demás; y después de este reconocimiento se colocaban el Capitán y sus subalternos guerreros en su primera posición. Este parte del baile tenía su toque y música particular así como las demás que se bailaban también con diferente toque y música cada una. Hecha la descubierta ó reconocimiento del campo en la forma explicada, cesaban de bailar á la llamada; y al toque del contrapás salía danzando el Capitán y hacía tres cortesías á las autoridades y al público, todo lo cual repetían los demás, quienes tomaban al punto saetas de madera (Gueciac) en las manos para la lucha. El Capitán bailaba primero un zortzico indicando las evoluciones que debían ejecutar y el uso que habían de hacer de las armas que acababan de empuñar. Dada esta lección en baile por el Capitán, danzaban en zortzico los jóvenes guerreros á compás haciendo varias evoluciones, y al fin pasando la música de los tamborileros á un presto furioso, batallaban entre sí con las saetas tirándose golpes y defendiéndose con acordes y concertados movimientos presentando un virtuoso simulacro de una encendida pelea que á veces llegaban hasta hacerse pedazos las saetas sin lastimarse ninguno de los danzantes. A esta parte seguía otra con palos cortos gruesos (Maquilla motzac) en las manos derechas y rodela en las izquierdas.

(Se continuará).

El capitán era el único que bailaba sólo dando el plan de la escaramuza que debía ejecutarse, y luego danzaban los jóvenes al compás y són que la parte anterior, aunque con diferentes mudanzas y evoluciones, y al presto empezaba la lucha con los palos y rodela con las que se defienden de los golpes que á compás se tiraban unos á otros, ejecutando al mismo tiempo que reñían, vistosas evoluciones. Mudando de frente, formando cuadros, círculos, y líneas de batalla, todo á compás y con la mayor precisión y fuego

Concluido este baile empezaba otro con grandes palos (Maquilla aundiá) precediendo el Capitán como antes: bailaban y reñían los demás dándose furiosos golpes á compás y animándose con gritos, hasta que celebraban la victoria dejando los palos y bailando con unos corazones en las manos al són de la alegre Música del Villancico (Belaun chingoa) y al último compás de esta danza ofrecían y tiraban á las autoridades los corazones que llevaban en las manos, con lo que se daba fin á este baile.

La destreza y agilidad de los muchachos que bailaron en este día; la regularidad de sus movimientos; la exactitud de sus compases, y su respetuosa compostura agradaron á S. S. M. M. de tal modo, que manifestaron repetidamente su complacencia. Las murallas estaban coronadas de gentes que también inundaban toda la plazuela, los balcones se hallaban ocupados por las elegantes damas y personas principales de dentro y fuera de la ciudad. Al presentarse Sus Majestades en el balcón, y al fin de cada uno de los varios juegos que se representaron, hacían las damas ondear sus blancos pañuelos mientras que se elevaba por los aires el estruendo de las aclamaciones en medio de las cuales se retiraron S. S. M. M. después que lo habían hecho las comparsas.

Al anochecer empezó en la Concha el simulacro de un combate naval, en el cual figuraban un bergantín y varias lanchas cañoneras que estrechándole en todas direcciones amenazaban abordarle. El fuego de fusilería se hacía con cartuchos iluminados, y por in-

tervalos se sentía un vivo fuego de cañón cuyo magestuoso estampido, y la fugitiva iluminación que resultaba del fuego de la fusilería, causaban el mayor efecto en medio de las sombras de la noche que iban ya ocupando la inmensidad del oceano.

S. S. M. M. lo presenciaron todo desde los balcones de una de las fachadas del Palacio que dominan á la Concha.

A poco rato se iluminó toda la Ciudad. La Plaza nueva es la que sobresalía, por que aprovechando su elegancia se habían multiplicado en ella las luces bajo una forma simétrica y vistosa; en su testero aparecían iluminados dos obeliscos, en los que se leían las inscripciones alusivas siguientes:

EN LA CARA PRINCIPAL DEL OBELISCO DE LA DERECHA

Eleva hasta el Olimpo alta columna
de Guipúzcoa, y de Easo el alma fè
Al Rey que en paz la Hispana gente aduna.
Aquí en vuestra presencia, gran Fernando,
Do el Easino capitolio fué
Unión juramos, y odio á todo bando.

EN LA FACHADA DEL COSTADO IZQUIERDO

San Sebastián ó la Ilión moderna
A sus augustos huéspedes queridos
Gratitud jura, y gratitud eterna:
Ella y su industria y su comercio unidos,
A su Rev bienhechor este obelisco
Dedican en señal de agradecidos.

EN LA FACHADA DEL COSTADO DERECHO

Donostia edo Ilión berriztatua
Bere goyenengo ostatesa maiteari
Naitasuna danca betico ciñeztatua
Bera ta beraren languin anaituac dute nai
Beren erregue anguilleari metari au
Escañi naitasunaren icusgai

EN LA CARA PRINCIPAL DEL OBELISCO DE LA IZQUIERDA

Mas pura que el jazmin Reina felice,
El comercio de Easo y su senado
Y la Guipúzcoa entera te bendice,
Amalia, al Rey de ti y del pueblo amado
Haz venturoso, así quiera Lucina
Cierto voto piadoso hacer colmado.

EN LA FACHADA DEL COSTADO DERECHO

Desde la enhiesta cima del Pirene
Guipúzcoa de sus Reyes centinela
Pruebas mil hizo de su fè perenne
Y esta columna que al empireo vuela
Puso para memoria de que el Rey
Con su augusta visita la consuela.

EN LA FACHADA DEL COSTADO IZQUIERDO

Pirineoco mendi tontorren gañean
 Guipúzcoa bere Erregue-enzaco ernain beti
 Leial ta pin jarri ezquero gaican,
 Eta jauzquera egateen dana goiti
 Oroipenzat ipinzan gure erregue
 Maite zori onecoaren pozcarri.

También se notaba con distinción la iluminación de varias casas particulares en las que se veían varios geroglíficos y lemas, como igualmente brillaban las fachadas de las Parroquias de Santa María y San Vicente, en las cuales se leían las siguientes inscripciones:

EN SANTA MARÍA

Piadoso Rey Fernando el deseado
 Llegad, llegad al Templo del Señor
 Con nuestra Reina de virtud dechado;
 Dios os dispense todo su favor
 Por que el imperio no solo regis
 De la Iglesia también sois defensor.

Debes incunctanter advertere, regiam
 Potestatem tibi non solum ad mundi
 Regimen ted etiam maxime ad Ecclesiæ
 Præsidium esse collatam.
 Leo M. Ep. CXXXV.

En la Parroquia de San Vicente se leían las siguientes:

EN EL LADO DERECHO DE LA FACHADA

No os debeis ofender
 Reina Amalia en escuchar
 Que el clero os quiere alabar
 Pues lo sabeis merecer.
 La moral manda hacer ver
 Tu virtud, por que encumbrada
 Sobre el trono es imitada:
 Con sus ejemplos los Reyes
 Dan fuerza á las santas leyes:
 Sed pues Señora loada.

Vivan Amalia, Fernando
 Vivan nuestros caros Reyes
 Que con pacificas leyes
 La España están gobernando.

EN EL LADO IZQUIERDO DE LA FACHADA

Un Fernando en el altar
 La Santa Iglesia venera,
 Otro por su fé sincera
 Logró verse titular
 Católico, y heredar
 Con nombre tan venerando
 La estirpe que está reinando:
 Hoy sostiene dignamente
 Renombre tan eminente
 Nuestro Séptimo Fernando.

Alabemos á Dios que en su bondad
 El alto beneficio nos ha dado

De que el trono español esté ocupado
 Por la virtud, candor, y la piedad.

En aquella misma noche llamó el Rey al vicario de Santa María, el Doctor D. José Bernardo de Echagüe, á Palacio, y le manifestó su voluntad de asistir á la misa mayor y procesión del Corpus Cristi el inmediato día en la forma acostumbrada, disponiendo que el mismo vicario oficiase la misa y que antes de ella se cantase el Te-Deum: indicó también que quería misa diaria en el oratorio que se había dispuesto en Palacio, la que se celebró por los dos vicarios y el Prior alternando á la hora que el vicario de Santa María recibía de víspera.

Los Tercios armados de esta Provincia montaban la guardia en Palacio desde la mañana juntamente con las tropas de la Guardia Real, en lo cual no hacían mas que ejercer la posesión en que han estado siempre los Guipuzcoanos de hacer la guardia de honor á las personas reales que pisan su noble solar. En esta ocasión el Rey concedió al Coronel de los Tercios la gracia de acudir á tomar la orden directamente de S. M.

Día 5 de Junio

A las diez de la mañana de este día, consagrado por la Religión para celebrar uno de sus principales misterios, se presentaron S. S. M. M. en la Parroquia de Santa María: el Cabildo Eclesiástico revestido de sobrepelliz aguardaba en la puerta principal, presidiendo el Vicario con capa pluvial: se había dispuesto una mesa de altar con Crucifijo, candeleros con velas encendidas, alfombra y almohadas por la parte exterior.

Al llegar S. S. M. M. se arrodillaron, y el Vicario les presentó el Crucifijo que besaron devotamente, y el hisopo con agua bendita, y entraron en la Iglesia debajo del Palio que llevaron ocho beneficiados, en cuyo tiempo se entonó el Te-Deum y se cantaron las preces y oraciones de costumbre. Al salir del Palio fueron S. S. M. M. al dosel entre el vicario de San Vicente y el Prior del Cabildo.

Inmediatamente se cantó con música la

misa mayor que ofició el vicario de Santa María, y el Prior del Cabildo hizo de asistente cerca de S. S. M. M. para llenar las funciones de dar á besar el Libro de los Evangelios, el porta paz, incensar y demás. Aquella mañana llovió un rato, y S. M. manifestó al Prior del Cabildo luego que se acabó la misa mayor, su Real voluntad de que se trasladase la procesión á otro día; y habiéndole indicado el Domingo siguiente según costumbre, se señaló aquel día y entonces se retiraron los Reyes á Palacio acompañándoles el Cabildo Eclesiástico hasta la puerta, y desde esta al coche el vicario de San Vicente y el Prior, que eran respectivamente, el Doctor D. Francisco Javier de Marín, y D. Joaquín Santiago de Larreandi.

A las cinco de la tarde estaba ya preparado al frente de Palacio el tablado, y dispuestas las comparsas que debían hacer los juegos que tenían ensayados. No tardaron S. S. M. M. en presentarse al balcón, empezando la comparsa de muchachos á representar al són de los mejores tamboriles del País los juegos belicosos de los Cántabros que habían agradado en el día anterior.

Apenas se retiraron del tablado, cuando apareció la comparsa de los Pastores de Arcadia vestidos con trajes análogos, y precedidos de la numerosa y bien combinada música de los aficionados que traían vistosos trajes. Entonaba esta música la melodiosa marcha y los dulces zortzicos que habían sido compuestos por el célebre profesor Albeniz, de propósito para esta comparsa, la que llegó al tablado al paso de marcha; y después de haber hecho el saludo correspondiente á los Reyes desfilaron todas las parejas á los dos lados del tablado, y colocados con uniformidad los cayados, empezaron el baile.

Hé aquí la letra que cantaba la comparsa de los pastores:

MARCHA

¿Cer guertatzen ta gaur Donostiyan?
¿Nondic dator gure poza?

¿Nora dijoaz gure beguiyac?
¿Ceñec darama biotza?
Gure Fernando maitea eta
Gure Amalia eztiya
Emen arkitzen dirade eta
Esana dago guztiya.

—
Gure egun eta demboraraco
Cerubac ceucan gordea
Zoriyon aundi anciñetaco
Erac ecusi gabea:
Donostiyara etorrirican
Gure jaun eta jabea
Erregue etan dan oberena
Eta Erreguiña Andrea.

—
Lor aundiyetan guelditzen guera
Onembeste mesederi
Ez dan besela baliteque izan
Gure eman gaya ugari:
Jauna artu bada borondate on
Esquer eta oroipenac
Donostiarrac biotz osotic
Escaintzen dizquitzu tenac.

Las diferentes figuras que ejecutaron, merecieron la aprobación universal por el buen gusto con que habían sido escogidas y la perfección con que fueron desempeñadas. Los arcos bien adornados que llevaban todos los bailarines, representaban sucesivamente varias figuras del mejor aspecto: y se habían combinado diferentes grupos que también fueron vistos con agrado y ejecutados con destreza. Volvió á salir la comparsa del tablado, que fué inmediatamente ocupado por los *Espatadanzaris*, quienes bailaron la *escudanza* ó *carricadantza*, que es el baile más usado del País Vascongado, y á poco rato volvió á presentarse por una de las calles laterales de Palacio la comparsa de los Pastores Arcades que cantaban un zortzico compuesto también por Albeniz, con letras alusivas, que llamó particularmente la atención de S. S. M. M.

Esta comparsa, compuesta toda ella de artesanos, mereció también las señales más inequívocas de la benevolencia de Sus Magestades, quienes concluida la función, se retiraron del balcon en medio de los saludos más cordiales y fervorosos.

La letra era la siguiente.

Adorado Fernando
Zazpi garrengo
¡Oh Rey el más querido!
Españiacoa.
Magestad soberana
Biotz gurecoa
Recibe el homenaje
Donostiyacoa.

Estrella de Sajonia
Gure Erreguina
De las virtudes centro
Cerubac eguina:
De la bondad modelo
Oberic ecina
Cándida como tierna
Inoz ez adiña.

Con huéspedes tan magnos
Dago Donostiya
De admiración y gozo
Beteric guziya:
A felicidad tanta
Ez eracut siya
Mira, ve, palpa, duda
Bere on zoriya.

San Sebastián felice
Gaur zure semeac
Son los más venturosos
Doayez beteac:
Con música los unos
Cantari besteac
Todos entonan loores
Zar eta gazteac.

Los San Sebastianenses
Adisquide arrotzac
Todos grata memoria
Esquer on bacoitzac:
Con voluntad os rinden
Amoriyo pozac
Acogida y obsequios
Gañera biyotzac.

El Rey Fernando viva
Amaliarequin
Vivan largas edades (1)
Viyac alcarrequin:
Felices, venturosos
Bat bestearequin
Y después en la gloria
Jaungoicoarequin.

Al anochecer empezó la iluminación general, que en este día y en todos los demás en que permanecieron los Reyes fué igual en todo á la de la noche del día 4, con la particularidad de haber sido espontánea, porque la orden publicada solamente la prescribía por tres días. A poco rato empezó frente á Palacio el juego de los fuegos artificiales que consistieron en

Dos dragones de anuncio.

Un sol con variaciones.

Un capricho doble.

Un caracol de fuego de color de púrpura.

Una rueda guarnecida de velas romanas y cohetes.

Un globo guarnecido de lanzas.

Una decoración ó fachada de templo, con un sol encima.

Columnas de movimiento y otros varios adornos entre ellos un pastel romano que llenaba el aire con una multitud de cohetillos serpenteados. S. M. el Rey asistió al balcón y no se separó de él hasta que se concluyeron los fuegos.

En las salas del Ayuntamiento y Consulado que se habían puesto en comunicación,

hubo baile general que también mereció los aplausos de los innumerables concurrentes. Mas de 150 señoras vestidas con la elegancia más sencilla que ha dado siempre cierta celebridad á la sociedad de San Sebastián, hicieron los honores de la *casa* á los huéspedes que vinieron á esta Población atraídos por la regia visita.

En otras piezas se servían gratuitamente refrescos de todas clases: y entre tanto, el alegre pueblo danzaba en la Plaza vieja al son de los tamboriles los bailes del País, que por cierto fué una de las cosas que más agradó, por ser poco común ver un pueblo tan alegre como el donostiarra, el que principalmente se diferencia de los demás por lo divertidas que siempre han sido en él las funciones nocturnas.

No hubo en todas las de los días que abraza esta relación un solo rincón de la ciudad en donde no se oyese algazara ó que no presentase todas las señales de una festividad universal; principalmente la Plaza vieja era un teatro en que toda la población representaba el gozo que poseía, al mismo tiempo que aparecía á los ojos del observador moralista como un ejemplo vivo del poder que ejerce el hábito de los juegos inocentes sobre las costumbres. En los siete días no hubo una riña de que resultase un sopapo, no se vió en público un borracho siquiera, y los forasteros quedaron sorprendidos de lo hermanadas que vieron aquí la alegría, la moderación y la cultura.

Día 6

Apenas habían descansado las gentes del bailoteo de la noche última, cuando la confusa vocinglería del tropel que precedía y seguía á los toros que eran conducidos al encierro, despertó á todo el mundo y se puso en pié. A las once se hizo la prueba de los toros, habiendo sido picados, banderilleados y estoqueados dos, y el resto de la mañana se pasó alegremente saludando por calles y tiendas á los forasteros que habían concurrido, mientras el Pueblo menos curioso recorría las vías públicas tras de las dulzainas y tamboriles. Por la tarde, á lue-

(1) La Reina Amalia murió el 17 de Mayo del año siguiente.

go que se concluyó la función de la Iglesia, salió el Rey en coche precedido del Ayuntamiento, comparsa de *Ezpatadantzaris* y música de aficionados, y habiéndose apeado á la entrada del arco de la Plaza nueva, pasó por encima de una alfombra tendida en toda la galería á la casa de la Ciudad, (1) donde le estaba preparado un balcón con dosel, cristales, pasamano y antepecho.

Apenas se asomó S. M. al balcón cuando prorrumpió el numeroso concurso en aclamaciones que fueron correspondidas con agrado por el Rey. Al balcón de su derecha asistió constantemente el señor Ministro de Gracia y Justicia (2) con los oficiales de su Secretaría, y todos los balcones contiguos del mismo lado estaban destinados para la Diputación de la Provincia, el Ayuntamiento, Consulado y los altos empleados cerca de la persona del Rey. En todos los balcones de la Plaza estaban repartidas las familias más acomodadas de la Ciudad y muchos forasteros. La música de la Guardia Real se hallaba en la barrera debajo del balcón de S. M.; la de los Provinciales de Monterrey que guarnecían esta Plaza fuerte, estaba en la barrera del frente: los tamborileros ocupaban un balcón sobre la puerta del toril; y otras dos músicas compuestas exclusivamente de aficionados del Pueblo, vestidos con uniformidad, se hallaban junto á los dos obeliscos y ocupaban los dos tendidos que había sobre las puertas que daban salida por los dos ángulos de la Plaza á la calle de Escotilla, hoy día conocida con el nombre de San Jerónimo. Las tres cornisas de la Plaza estaban colgadas con cenefas de tela color carmesí con franjas amarillas. Al concluirse la lid de cada toro provocaba una explosión de entusiasmo y todo el mundo agitaba sus pañuelos. S. M. se retiró precedido del Ayuntamiento y los demás que le habían acompañado en su venida, recogiendo en su tránsito hasta el Pala-

cio las aclamaciones del pueblo que se agolpaba en todas las boca calles. Por la noche hubo la misma iluminación, la misma algazara, y el mismo orden que en las demás noches. Las señoras fueron admitidas á besar la mano de S. S. M. M. á las siete y media de esta noche, y concurrieron con manto.

Día 7

El clamoreo del encierro y los alegres gritos de los numerosos aficionados que no pierden de vista á los toros desde la víspera de la corrida hasta su sacrificio, despertaron también este día á todos los habitantes de la ciudad. Siguióse la función religiosa que celebra la Iglesia en todos los días de la octava y concluida que fué, empezó el clarín á anunciar la prueba de los toros. Los aficionados hallaron ocasión de discutir, como en todos tiempos, acerca de la observancia y la infracción de las reglas de tauromaquia en la suerte de varas y en las estocadas. Mientras los inteligentes examinaban el mérito comparativo de los lidiadores, el resto del público se divirtió en esta prueba con el conato cinco veces repetido, de un toro que se abalanzó á la barrera para saltarla, y que no habiendo podido conseguirlo, sucumbió á la destreza del valiente Carreto que lo mató á la primera estocada, é hizo revolar en el aire la oreja de su víctima como trofeo de su destreza gladiatoria.

A las doce de la mañana S. S. M. M. admitieron á besar sus manos á la Diputación de esta provincia y al Ayuntamiento, Consulado, Clero Secular y Regular de esta ciudad. Por la tarde pasó S. M. á la plaza nueva á presenciar la segunda corrida de toros. Al presentarse el Rey en el balcón resonó el aire con la aclamación simultánea de todos los espectadores, que se reprodujo, como siempre, á la muerte de cada uno de los toros. La divisa escarolada anunciaba á los inteligentes que los toros de Guendulain reemplazaban á los de Zalduendo lidiados la víspera, y aunque todas las toradas eran famosas, acreditadas ó cosa que se le pareciera, concebían sin embargo grandes esperan-

(1) En aquella época el Municipio alquiló, para instalar sus oficinas, sus salones y los del consulado, la casa de la Plaza de la Constitución, construida por el Sr. Lopetedi y que es hoy día la señalada con el número 5 y propiedad de la misma familia.

(2) El famoso D. Tadeo Calomarde.

zas de que la lucha sería más terrible y más interesante; pero al fin todo se redujo á más ó menos varas, mejor ó peor puestas, salvo que el vulgo no inteligente se alborozó de una manera extraordinaria cuando dos em-bravecidos alanos, desconociendo su enemigo, se abalanzaron sobre un pobre caballo en vez de acometer al toro contra quien eran lanzados, y este *quid pro quo* alegró mucho á la plaza, á pesar de la severa gravedad de los maestros del arte que desdeñaron estas pequeñeces. S. M. volvió á pié á Palacio permitiendo que besasen su mano las miserables pescadoras y otras personas de las demás clases que también quisieron imitarlas.

Al anochecer se iluminó toda la ciudad de la misma manera que el primer día, y á breve rato se encendieron delante del Palacio los fuegos artificiales que consistieron en una rueda guarnecida de velas romanas; un sol de movimiento circular que al cabo de algún tiempo se convirtió en una cruz de Malta; un obelisco de lanzas; un capricho del mejor gusto; un combate de cinco soles; y por último, la fechada de un templo de veinte piés de altura, que después de haber estado iluminado con la luz más brillante y pura, se apagó gradualmente despidiendo una multitud de truenos. Enseguida se lanzaron á la vez de diferentes puntos, quinientos cohetes que disputaban la luz á las estrellas. Por último, dos toros de fuego, conocidos en este país con el nombre de *cecenzuscos*, esparcieron la algazara entre la multitud de espectadores, disipando las masas de gente al acercarse, y causando un movimiento continuo y una alegre agitación en toda la gente del pueblo, muy acostumbrada y aficionada á esta clase de diversión. S. M. el Rey estuvo en el balcón desde el principio al fin con muestras de hallarse contento, y enseguida fueron admitidas á besar la mano de Su Majestad las Señoras que concurrieron con vestido redondo.

Concluídos los fuegos empezó el baile en la Plaza delante del Palacio y en la casa de la Ciudad. Este último sobresalía por la elegancia y finura, pero en el primero no eran

menores la alegría y diversión. El agudo sonido de las dulzainas y los acordados acentos de los tamboriles tocados con suma habilidad y destreza, excitaban á la danza á los donostiarras que necesitaban de pocos estímulos para bailar y regocijarse. Mil corros formados en la Plaza Vieja rodeaban otras tantas comparsas de bailarines que se reforzaban á cada paso con los expectadores de su respectiva circunsferencia. Solamente en el momento en que S. S. M. M. se retiraron á descansar fué cuando cesó el alegre bullicio del pueblo. Entre tanto, en el baile de la casa de la Ciudad competían la delicadeza de las hijas del Urumea, la galantería de sus jóvenes compatriotas, y la generosidad de aquellas autoridades deseosas de obsequiar á los huéspedes que acompañaban á los Monarcas en este viaje.

Día 8.

El cielo amaneció claro y despejado. Las tropas ocuparon desde muy temprano toda la carrera que había de seguir la procesión, tal como se organizó con anuencia del Rey. A las diez de la mañana pasaron Su Majestad á la Iglesia de Santa María, y como no era esta su primera asistencia al Templo, fueron recibidos por el Cabildo Eclesiástico con arreglo al ceremonial sin cruz, ni canto, ni pálio. El Cabildo salió á la puerta de la Iglesia con sobrepelliz, y el Preste revestido de pluvial. Este les dió el agua bendita con el hisopo, y fueron conducidos al dosel acompañados del Clero en medio de los dos más dignos, tocándose el órgano: enseguida S. S. M. M. oyeron la misa mayor y asistieron á la procesión. Se colocaron después del Pálio que era llevado por los individuos del Ayuntamiento vestidos de goli-lla, y siguieron por toda la carrera llevando en las manos velas encendidas que les presentó en una bandeja uno de los Regidores. Era un día caluroso con exceso y sin embargo S. M. el Rey no llevó resguardada la cabeza, antes bien estuvo de rodillas así como la Reina, sobre los almohadones que llevaban dos acólitos, recibiendo un sol abrasador durante las dos estaciones que se

celebraron en los dos altares que se habían dispuesto. En estas dos estaciones se tocó y cantó el *Unigenitus* puesto en música expresamente para este día por Albeniz, el que también compuso un *Benedictus* que fué acompañado como toda la misa por una excelente orquesta compuesta de aficionados. Habiéndose concluido la procesión se retiraron S. S. M. M. La Reina no quiso hacer uso de una silla de manos que se le había preparado, siendo esta llevada á prevención por toda la carrera detrás de la procesión. El pueblo guardó el silencio más profundo hasta que salieron S. S. M. M., quienes observaron esta circunstancia y hablaron después de ella, dando á entender que era indicio de la sensatez y buen tacto de esta población. Todos los forasteros han notado esto con admiración y lo manifestaron así, quedando severamente complacidos de las muchas pruebas que dió el pueblo donostiarra de educación y de cultura en aquellos días de fiestas.

Para la tarde estaba preparada una corrida de excelentes novillos con entrada gratuita, á expensas de los suscriptores que costeaban las corridas. Llegada la hora salió S. M. á pié del Palacio, y se presentó en el balcón de la Plaza donde fué aclamado por el gentío que acudió atraído por el buen precio de la entrada y la calidad de la función que estaba anunciada. Corrieron los novillos, sin que las damas tuvieran que hacer melindres, porque los aficionados tuvieron buen cuidado de no poner en ejercicio las agudas armas de los novillos ni las lágrimas de sus amigas. A poco tiempo de haberse concluido la novillada se presentó en el balcón la Reina, siendo también aclamada por el público.

Para entonces estaba ya preparado con anticipación un espacioso y bien pulido tablado, y no tardó en llegar, precedida la venia de S. M., la comparsa que debía ocuparle. Rompía la marcha el grotesco Capitán que acaudillaba á los cincuenta danzantes ó *Espatadantzaris*, que se abrieron en dos filas y fueron á ocupar los costados del tablado. Seguíanles los mancebos que con

tanta destreza habían representado los bélicos juegos de los antiguos Cántabros. En pós de ellos venían 14 jóvenes vestidos al gusto vasco, conduciendo las piezas de un templete; les seguían los artesanos con los trajes y emblemas de los Pastores de Arcadia. Tras ellos marchaba una banda de música militar de 40 jóvenes del Pueblo vestidos á la Husarda, y estos precedían á un coro de cantores vestidos de Orfeos con coronas de guirnalda en la cabeza, túnicas cortas color de rosa con flecos de plata, sandalias con atacados y mangas cortas, y caminando en ademán de pulsar la lira de oro que cada uno de ellos llevaba. Cuatro bueyes muy engalanados con astas doradas tiraban de un prolongado pero sencillo carro en forma de nave. En la parte extrema de la popa se descubrían dos globos que sostenían una corona, un león dorado empuñando el cetro y las dos columnas de Hércules: cuatro génios con elegantes trajes sostenían estos emblemas de nuestras glorias, colocados sobre una base forrada de terciopelo carmesí bordado de oro; dos matronas cubiertas con casco griego ceñidas de un manto y empuñando una lanza, representaban á la Provincia de Guipúzcoa y á la Ciudad de San Sebastián, cuyos escudos de armas llevaban respectivamente; un joven, con su caduceo y las demás alegorías de Mercurio, representaba al Consulado ó Cuerpo de Comerciantes. El alcázar de la navecilla que formaba una grandería, venía ocupado por los jóvenes de ambos sexos que debían bailar: todos pertenecían á las primeras familias, y entre ellos había dos Regidores, cuyo traje era tan sencillo como vistoso; el de las Señoritas consistía en un vestido largo blanco con otro transparente igualmente blanco, con una guarnición de color de rosa y un corpiño de raso del mismo color; el peinado era sencillo sin más adorno que una guirnalda blanca; el traje de los jóvenes consistía en un pantalón blanco con vivos de color carmesí y un corpiño de raso de color de rosa, sobre el que caía el cuello de la camisa en forma de fichu. Los aficionados que formaban la mú-

este en el costado del tablado que estaba en frente del balcón que ocupaban Sus Majestades, mientras que las comparsas que iban á pié se prolongaban desde el carro hasta debajo del balcón; y entonces se empezó á entonar el himno puesto en música por el profesor D. Pedro Albéniz, que dirigía personalmente su ejecución.

Hé aquí la letra del himno cantado á Su Majestad.

Salve Fernando, venid buen hora
Aquí os atienden la fé y amor:
Amalia salve, seais por siempre
Del Rey delicia, del sexo honor.

CORO

Caro Fernando,
Cándida Amalia,
Sed venturosos
Serálo España.

Con puras preces Guipúzcoa fiel
Llana os ofrece su humilde dón:
Sus tiernos pechos son su presente
Propio de leales, digno de vos.

Caro etc.

Cual son frondosas estas montañas
Sencillos, franc s sus hijos són;
Y cuando os juran, Fernando, fé,
Creed en sus votos, creed su adhesión.

Caro etc.

Entre las ruinas y el polvo humeante
Que vuestras plantas huellan aún hoy,
Himnos de gozo solo oiréis;
Flébiles ayes, no oiréis no.

Caro etc.

Mengua creyeran llorar sus males,
Précianlos antes por su blasón;
Salvóse el Rey, no importa como,
Vemos al Rey, ya no hay dolor.

Caro etc.

Si alguna dicha hora alcanzamos
En este suelo, obra es de vos.
Unión gritásteis; y estas montañas
Unión retumban, fin al rencor.

Caro etc.

Tu fausto soplo, cual al Febeo,
De sus cenizas al Pueblo alzó;
Su industria y naves del sólio excelso
Vital aliento reciben hoy.

Caro etc.

Tanto deber en pechos tales
Abona y fía la ingénua voz
Que por do quiera exenta clama
Fernando, Amalia, bendigaos Dios.

Caro etc.

Un silencio sepulcral sucedió repentinamente á la bulliciosa algazara con admiración de todos los que se veían rodeados de nueve mil personas y no conocían la cultura de este pueblo. Después que la música militar desempeñó su parte, le sucedió la mú-

sica de concierto y á su tiempo entraron los dos coros de músicos de voz á cantar la letra. Los dos primeros versos de cada estrofa los cantaban los hombres; las señoras cantaban los otros dos y todos reunidos repetían la estrofa por entero. Entraba después el coro, en el cual los hombres cantaban el primer verso, y las señoras el segundo, formando al final un tutti sonoro con las numerosas voces que había dentro y fuera del tablado, reforzado con la charanga militar que retumbaba en la Plaza y calles inmediatas. Las combinaciones de esta composición musical eran tan variadas como bellas; pero dejando á un lado su mérito artístico lo que podemos decir es que los coros fueron escuchados con silencioso recogimiento, oyéndose hasta la última nota, extasiando á todos los expectadores y arrancando lágrimas á los Reyes y á una multitud de oyentes de todos rangos. Cantadas tres estrofas descendieron del carro los que le ocupaban, y entraron en el tablado en el orden siguiente: Los músicos y cantores, fueron los primeros que se apearon y subiendo al tablado, se colocaron á su extremidad en dos alas de frente á Sus Majestades. Enseguida bajaron las cuatro conductoras de las armas sosteniéndolas en sus manos por cuatro puntos distintos. A éstas seguían las matronas, y el Dios Mercurio, cerrando la marcha las ocho parejas de baile que con sus arcos, guirnalda y ramilletes formaban puestos en cuatro hileras, un pabellón chinesco con dos bóvedas laterales.

En el centro del tablado que tenía cincuenta pies en cuadro, y sobre un pedestal de mármol blanco con filetes dorados se colocaron las armas de España é Indias; detrás de aquel, las Matronas y Mercurio; y el resto de la comparsa separándose en dos mitades, á derecha é izquierda de ellas en dos alas dobles de frente, formando la una las señoritas, y la otra á dos pasos detrás de ellas los hombres, hecha una profunda cortesía á SS. MM. se retiraron al frente cercano de los músicos y cantores las Matronas, el Mercurio y las cuatro conducto-

ras de las armas, dejando sobre el pedestal sus respectivos atributos

Aquí se dió principio al baile dividido en tres partes.

Primera parte, figuras parciales de hombres y señoras.

Segunda parte, construcción y desmonte de un templete.

Tercera parte, figuras generales.

En la primera parte ejecutaron los hombres con arcos, guirnaldas y ramilletes varios géneros de glorietas, templos, bóvedas y cruces bailando las señoritas por entre los claros que aquellos dejaban siempre de frente á los Reyes, finalizando con tres figuras distintas: en la 1.^a las señoritas adornaban con los ocho ramilletes el escudo de armas colocándolos en otros tantos vasitos dorados que al efecto había sobre el terciopelo en figura de flores de lís: en la 2.^a, colocaban los hombres los ocho arcos de flores en los vacíos que formaban cinco columnas, que en cada una de las extremidades laterales del tablado sostenían, las cinco de la derecha, cuatro granadas y una corona, y las otras cinco de la izquierda otras cuatro granadas y un gran globo dorado: viéndose además en los cuatro claros las piezas para la formación del templete: en la tercera figura las señoritas colocaban las guirnaldas en las aras, y quedando en la parte exterior, dieron principio á la segunda parte del baile.

En ella, se construyó á las armas un templo de orden dórico, de figura octógona, sobre cuya base de diez pies de diámetro, se elevaban ocho columnas de á diez pies de altura, que sostenían sin ningún apoyo central una cúpula ó media naranja de seis pies de elevación y la misma circunferencia; y después de colocar en él las granadas, arcos, guirnaldas, corona y todos los demás objetos que antes se veían en las manos de los de la comparsa, se completaba el adorno con la colocación del gran globo dorado en el centro superior.

Concluida esta operación, toda ella al compás de una composición música hecha al efecto, ejecutaron vistosas figuras genera-

les entrando y saliendo por entre las columnas del templete, al fin de las cuales empezó á tocar la música la marcha de ordenanza, y los bailarines sostenidos sobre un pié y puesta una mano en el templete hacían ademán de ofrecer algo á S. S. M. M. mientras que las damas formaban en el interior un grupo, y sus manos enlazadas aparentaban también el ofrecimiento de un presente; se mantenían en esta postura tan elegante como respetuosa cuando al grito de *Viva el Rey* dado por la Matrona que representaba la Provincia, se abrieron por medio de un resorte las ocho granadas y el gran globo dorado, sorprendiendo al público con un espectáculo completamente agradable.

Las ocho granadas, convertidas en ocho amapolas, contenían ocho palomas blancas, que privadas de luz por espacio de dos ó tres horas, al verse con ella de improviso, se presentaron inmóviles á los ojos de los expectadores, dando tiempo para observar que cada una de ellas tenía un papel en el pico atado con una cinta azul celeste; y el gran globo dorado abierto también al mismo tiempo desplegó un romboide de cuatro pies de ancho y dos de alto, con un corazón en el centro de la línea superior, y debajo un mote que decía:

A Fernando y Amalia

En el momento en que pasada la sorpresa á las palomas empezaron á volar, se envió desde el tablado á SS. MM. por los del baile, y con la ayuda de un mecanismo preparado al intento, otra paloma blanca engalanada con cintas y lazos, que conducía también en el pico, un estuche dorado, con un ejemplar de la oda dedicada á la Reina por las jóvenes de San Sebastián.

Hé aquí la oda que llevó la paloma al balcón de SS. MM.

Las jóvenes de San Sebastián
A su amada Reina
Maria Josefa Amalia de Sajonia

LA PALOMA MENSAJERA

Bate las blandas alas	Recelar que pudieras
Cándida palomita,	Con otra confundirla.
Y parte cabe Amalia	De más es ponderarte.
Por nuncia de las ninfas.	Su beldad peregrina
Que del claro Urumea	Sobre todas las gracias
Habitan en la orilla:	Descuella sin medida.
Mas toma antes sus señas	El jazmin y la rosa
Porque bien la distingas	Coloran sus mejillas
Sino fueras tan simple	De formas majestuosas
Seria demasia	Así nobles cual lindas (1)

S. M. se abalanzó inmediatamente á recibirla, le soltó el papel, y después de haberla acariciado la entregó á la Reina, quien la prodigó igualmente sus cariños, y volviendo á tomar el Rey *la besó repetidamente sin recatarse* ni disimular su emoción; por fin la dichosa paloma fué entregada por S. M. á la Camarera mayor que había ocupado el balcón de la derecha desde que llegó la Reina. Por último dióse fin á la parte del baile, deshaciéndose el templete por el mismo método que se hizo, y volviendo á colocar todas sus piezas en las columnas destinadas al efecto, se dió principio á la tercera parte tomando por el orden que se dejaron, los ramilletes y guirnalda las señoritas, y los arcos los hombres, ejecutando en ella cuatro figuras generales, en las que se formaron al escudo de armas varios adornos, ya rodeado de los arcos, ya de guirnalda etc., terminando el todo, con una figura por cada dos parejas; en la que se saludaba alternativamente á SS. MM. y se retiró la comparsa al carro del mismo modo que salió de él. Parece que nuestros jóvenes se habían propuesto en este hermoso juego tributar á Fernando VII el obsequio que los Romanos tributaron al hijo de Apolo y de Creusa su Rey. Empezó el carro á andar como también las comparsas que le precedían y habiendo parado debajo del balcón de SS. MM. se cantaron otras tres estrofas del himno, que fueron oídas con el mismo enterneamiento, por los expectadores, que lo habían sido las precedentes. Volvieron todos á desocupar la Plaza en el mismo orden con que habían venido, retirándose entonces SS. MM., y como cami-

(1) Una rotura y falta de hoja al llegar á este punto, nos impide el conocer la continuación y el final de semejantes hortalizas poéticas.

naban á pié ocurrió á nuestros ingeniosos jóvenes que se hallaban en el carro cerca de su paso, formar repentinamente una bóveda con sus arcos; lo mismo hicieron los Pastores Arcades con sus cayados y los *Espatadantzaris* con sus espadas, y los Reyes pasaron por debajo sin poner dificultad ni mostrar repugnancia, y antes bien manifestando en el semblante y con las palabras una complaciente admiración de esta ocurrencia.

Las personas de la comitiva Real que estaban junto á SS. MM. oyeron á éstas manifestar su deseo de querer volver á presenciar dichos bailes, así es que aún no habían cambiado los jóvenes sus trajes de comparsa cuando se les hizo sabedores de que la voluntad real era de repetir el baile á presencia de SS. MM.

La noche empezó muy luego á tender su negro manto sembrado de estrellas, pero la multitud de iluminarias que se encendieron en todas las casas de la Ciudad no le permitieron entrar su tenebrosa planta en este recinto. Las penetrantes dulzainas y los melódicos tamboriles mantuvieron reunido delante del Palacio un inmenso gentío dividido en corros, en los que se bailó sin cesar hasta cerca de las once despidiendo de cuando en cuando alegres aclamaciones, cuyo eco era reproducido en toda la Ciudad y contestado desde todas las calles por las que circulaba muchedumbre de personas atraídas por la curiosidad de examinar la iluminación.

Antes de poner fin á la relación de este día, debe advertirse que la Diputación de la Provincia hizo distribuir 1.957 raciones de á libra de carne, libra y media de pan y un cuartillo de vino por plaza para las tropas de la Guardia Real y de la guarnición.

Día 9

La algazará del encierro arrancó también en esta mañana al vecindario y forasteros de sus lechos desde el amanecer; pero hasta los fieros bichos de la Bardena estaban destinados á participar de los buenos

efectos que habían producido la agilidad y delicadeza de nuestros comparsistas, porque con el fin de que quedara tiempo para repetirse en esta tarde la función de la precedente sin faltar á la que de antes estaba anunciada, se dispuso abreviar el martirio de aquellos pobres animales, y hacer sonar con viveza el clarín. Es necesario convenir en que S. M. supo satisfacer la impaciencia del público, porque dispuso que se corrieran cuatro en la prueba y mandó despachar con prontitud los seis que se corrieron por la tarde.

El hermoso tablado empezó á armarse inmediatamente. Entre tanto la Reina llegó de Palacio y apareció en el balcón siendo saludada con aclamaciones. No tardó en presentarse el majo banderizo de los *Ezpatantzaris* con su legión de peones, seguido de los jóvenes guerreros Cántabros, de los Pastores de la Arcadia, de los ¿chulos? vascos portadores de los materiales del templete, de los músicos húsares, y músicos orfeos. El carro seguía á todos, y para que se oyese mejor el himno, se dispuso cantar sobre el tablado las tres estrofas que en la tarde precedente se habían cantado desde el carro. Descendieron pues de él, y colocados en el tablado como en el día anterior, se cantaron las tres estrofas del himno. Enseguida se repitieron las mismas figuras y se ejecutaron otras nuevas en la segunda parte, que por prolongar la función se estudiaron para conformarse á una respetable insinuación, y á fin de variar se construyeron para sustituir á las granadas ocho palmas coronadas, que partidas en el mismo período que aquellas presentaron cuatro motes, en los cuatro colores, rosa, verde, azul celeste y amarillo; Amor, Gratitude, Fidelidad y Adhesión, que correspondían al del gran globo que contenía dicha tarde multitud de pájaros, y remataba en un corazón en que se leía

A Fernando y Amalia

En lugar de la paloma enviada por las jóvenes, dirigieron los hombres á Sus Majestades por medio del mismo mecanismo que el día precedente, un finísimo canasti-

llo que contenía en un nido de algodón ingeniosamente ejecutado, dos tórtolas pareadas, que eran portadoras de una oda para el Rey.

Hé aquí el final de dicha oda (1)

Vosotros lo estáis viendo
A explicarlo id ligeras,
Y después que digais
La gratitud sincera
Y la afición que á Hernando
Los de Easo profesan,
A su lado quedad.
Vuestros cariños sean
Recuerdo del cariño
A Hernando de esta tierra;
También sean á Amalia
Fiel retrato en que vea
Copiada la ternura
Que á nuestro Hernando muestra
Y la que el fiel Easo
Tiene á Hernando y á ella.

Volvió la comparsa al carro, pero para poco tiempo, porque así que se cantaron tres estrofas del himno, bajaron de aquel que lo ocupaban, y subieron á la Casa Consistorial, en una de cuyas piezas besaron la mano á SS. MM. Llegó el turno del profesor de música, y el Rey tuvo con él este diálogo: *¿Eres Albeniz? Sí señor: Eso ha estado bueno, bueno;* este cumplido de Su Majestad alegró mucho á los jóvenes de las comparsas, quienes muy contentos volvieron á ocupar su terrestre nave.

Por la noche hubo excelentes fuegos artificiales compuesto de un capricho, una pirámide guarnecida de rosas italianas: un sol de varios colores; dos palmas de fuegos chinos convertidas en dos soles: el combate de cinco soles: dos cadúceos movidos en sentido inverso: una decoración ó fachada de templo con columnas de movimiento con una estrella y una galería de fuego chino, y aparecía un tarjetón iluminado en el que se leían estas palabras:—Fernando, Amalia y unión—S. M. vió los fuegos desde un balcón.

Acabados éstos, empezó la algazara de los bailes de tamboril que fueron tan bulliciosos como siempre, bailando la gente del

(1) La falta de la hoja que contenía el final de la oda á la Reina, de que ya se ha hecho mención, y en que empezada la oda al Rey, es causa de que nuestros lectores no lleguen á conocer el principio de ese infundio poético.

pueblo hasta media noche. En las salas de la Casa Consistorial y Consulado se contranzó y valsó á las mil maravillas hasta la madrugada porque era el último de los tres días de baile, y era forzoso aprovecharse, tanto más que había como siempre abundantes bebidas gratuitas y se refrescaba á menudo.

Día 10

No eran ya toros ni novillos los que despertaron al público este día, ni eran hijos del Guadalquivir ni del Guadaleté los combatientes, sino que los que armaban la algarabía eran los gansos de nuestras rías lidiados por nuestros marineros en la Concha á espaldas del Real Palacio que lo dominaba; (1) las víctimas se suspendían en una cuerda tirada desde el muelle á un bergantín, y los lidiadores bogaban en lanchas engalanadas, vestidos ellos de blanco con fajas y gorras encarnadas, á excepción de los timoneles que arrastaban sendas casacas y peinaban estupendos tricornios. Al mismo tiempo había juego de cucaña en la Concha, y corriendo los aspirantes al premio por un palo encebado pagaban en el agua su codicia poco diestra, dando con sus zambullidas mucho que reir. Entre tanto un espectáculo más grandioso se preparaba en la misma rada. Cien marineros del puertecito inmediato de Zarauz, uniformados con trajes muy propios y muy limpios, montados sobre diferentes lanchas recién pintadas, extendían su red la mayor de esta costa, larga de mil brazas, sobre toda la circunsferencia de la ensenada, é iban progresiva y simultáneamente estrechándose en dirección del arsenal. Al mismo tiempo un espacioso tablado era colocado en el mismo arsenal; sobre él se levantaba el templete que tanto había complacido en las dos tardes precedentes, y en su cima flotaba una bandera española, de seda.

(1) Hay que tener en cuenta que el año 1828 no estaba aún construida la casa de la calle de Igentea, hoy propiedad de don Joaquin Lizasoain, ni el actual Gobierno militar y que por lo tanto desde la fachada posterior del alojamiento real, hoy fonda del señor Tremiño, se podía disfrutar perfectamente de la vista de la bahía.

Salen por fin las redes, y se presentan á la vista de SS. MM. cargadas (1) con peces de todas las clases que se encuentran en estos mares; los saltos de los colorados barbarines alternaban con los de los sucios chipirones; en fin los pescados más delicados y más raros nadaban vivos en la red, apareciendo algunos que nunca se habían conocido en estas costas. SS. MM. dejaron su florido pabellón, y corriendo á la orilla del tablado examinaron la variedad de peces que se movían en la red; y para que pudieran hacerlo con mayor comodidad se colocaron en bandejas los más dignos de su investigación. Fueron diversas las preguntas que dirigieron á los individuos del Ayuntamiento y al comisionado Aldamar que les rodeaban, y aún hizo el Rey diferentes explicaciones sobre algunos pescados que echaba de menos y que se encuentran en otros mares. Después de haber empleado bastante tiempo en esta curiosa diversión, se retiraron SS. MM.

A las doce recibió el Rey en audiencia particular al Ayuntamiento de esta Ciudad, el cual puso en las reales manos varios recursos de interés común.

Este día 10 de Junio, estaba destinado á solemnizar un acto de recuerdos para el pueblo. El 6 del mismo mes había acordado el Ayuntamiento suplicar al Rey que se dignara colocar la primera piedra de la Casa Consistorial que estaba sepultada entre sus ruinas desde la asolación de la Ciudad: al efecto, en el besamanos del día 7, el Municipio entregó á S. M. la siguiente exposición:

SEÑOR

Ciento sesenta y ocho años hace que Felipe IV asistió en este Pueblo á la sublime festividad que la Iglesia ha celebrado ayer, y que V. M. ha solemnizado con su piado-

(1) Don José Manuel de Brunet, persona que vivió hace muy pocos años, y que era uno de los vecinos que intervinieron en estos festejos, solía referir que la idea de llevar á cabo esa pesca gigantesca fué suya, para lo cual, con un mes de anticipación estuvieron cebando la bahía de San Sebastián con todos los despojos de la matadería y los de todas las casas del pueblo.

sa presencia. La Ciudad debió entonces este título á Felipe IV de grata memoria entre nosotros; la de Fernando VII pasará á la posteridad incorporada á los acontecimientos notables de los fastos de este Pueblo. En ellos está ya escrito que la Ciudad de San Sebastián fué reducida á pavesas en el día último de Agosto y primeros de Septiembre de 1813: que esta catástrofe selló la gloriosa guerra de la independencia, y allanó á V. M. el encumbrado Pirineo que le separaba de sus hijos: y también está escrito que constituyéndose V. M. Protector de la reedificación de nuestros hogares por Real Decreto de 21 de Julio de 1816 ha convertido con su soplo creador en bellos edificios los ennegrecidos escombros.

Una nueva página vamos á escribir: la visita de V. M. y de su augusta esposa la Reina Nuestra Señora ocupará en nuestra historia municipal el pasaje más importante si acertamos á expresar fielmente la benevolencia que debemos á V. M. y los sentimientos de emoción que nos imprime.

Pero, Señor, aún no tenemos dónde depositar este papel precioso; la Casa Consistorial en que resonaron tantas veces los acentos leales del Concejo de San Sebastián, y su archivo enriquecido con mil monumentos de sus glorias, yacen todavía en el polvo.

A V. M. está reservado alzarlos: V. M. se ha erigido en Protector de la reedificación, y este título nos presta bastante atrevimiento para suplicarle humildemente que se digne colocar con sus augustas manos la primera piedra fundamental de nuestra Casa Concejil.

Dígnese V. M. dar este nuevo y grandioso impulso á la reedificación de Vuestra buena Ciudad de San Sebastián; y nuestros nietos, Señor, os bendecirán porque habréis hecho que no les trasmitamos de nuestras desgracias otra herencia que la gloria de haberlas sufrido por Vuestra causa, y el honor de haberlas reparado por Vuestra protección.

San Sebastián 6 de Junio de 1828.—Se-

ñor.—A. L. R. P. de V. M.—La muy noble y muy leal Ciudad de San Sebastián. = *Siguen las firmas.*

El día 9 accedió S. M. á lo que se le pedía según lo anunció el señor Ministro de Gracia y Justicia en Real Orden de la misma fecha que decía así:

Queriendo el Rey N. S. dar á su Ciudad de San Sebastián una prueba del interés que toma en su reedificación, se ha servido acceder á la solicitud de V. SS. de 6 del corriente, resolviendo colocar por sí mismo la primera piedra del edificio que debe construirse para servicio de ese Ayuntamiento. y lo digo á V. SS. para su gobierno y satisfacción.—San Sebastián 9 de Junio de 1828.—Calomarde.—Señores del Ayuntamiento de la Ciudad de San Sebastián.

Esa tarde era pues la designada para la ceremonia de la colocación de la primera piedra de la actual Casa Consistorial. A las seis llegó á la Plaza Nueva en procesión el Cabildo Eclesiástico presidido por el Ilustrísimo Obispo de Ciudad Rodrigo, revestido de Preste, y acompañado de las comunidades religiosas. A poco rato salió el Rey de Palacio, acompañado de la Reina que había querido solemnizar con su presencia esta ceremonia; y habiendo atravesado las calles á pié, precedidos del Ayuntamiento, del Ilustre Consulado, de la Junta de Obras y de los *Ezpatadantzaris* y música militar de los aficionados, entraron SS. MM. en la Plaza, en la que estaba extendida una alfombra sobre la cual pasaron al borde de la zanja que se hallaba preparada. S. M. el Rey descendió presuroso á ella, tomó de una bandeja que le presentó el Alcalde de primer voto varias monedas de su Reinado de todos metales, una Guía de forasteros de dicho año, una octava alusiva y el acta municipal concerniente á esta solemnidad, y después de haberlo colocado todo por sí mismo en un bote cilíndrico de cristal embutido en el taladro de la piedra, cerrada ésta herméticamente tomó S. M. la palanqueta y una cuerda, con cuyos instrumentos ayudó materialmente á la fijación y alineación de la piedra sobre la cual se leía

una inscripción para perpetuar la memoria de este suceso.

Hé aquí lo que decían la octava y dicha inscripción:

OCTAVA

El Ayuntamiento y vecinos
De la Ciudad de San Sebastián á su Rey y Señor
Don Fernando Séptimo

En el acto de fijar con su augusta mano
la primera piedra fundamental de su Casa
Consistorial en 10 de Junio de 1828.

Ténganse allá otros Príncipes sugloria
Los que en humosas ruinas y en cruento
Estrago, aspiran á eternal memoria.
Zanja, Fernando tu firme cimiento
De nuestro Capitolio, y dá á la historia
De sangre el nombre y de crueldad exento;
Y bendigan por siempre los humanos
La palanqueta en tus augustas manos.

S. M. admitió con agrado dos docenas de ejemplares de esta octava impresos en raso de varios colores, que le presentó el Alcalde en el mismo acto.

La inscripción que se abrió á cincél en la piedra era la siguiente:

Ferdinandus VII Rex
Ipsemet posuit
Die X Jun. an. MDCCCXXVIII.

El Cabildo cantó las preces establecidas en el Ritual Romano para estas ceremonias, y el Ilmo. Sr. Obispo de Ciudad-Rodrigo dijo la oración correspondiente, que fué escuchada con religioso silencio por todos los espectadores á este acto. Las campanas y un sin número de cohetes anunciaron la consumación de esta ceremonia; la música de los jóvenes del Pueblo cantó también sus alabanzas en el famoso himno, que fué durante algún tiempo la tonada favorita de San Sebastián; y SS. MM. se retiraron á Palacio á pié precedidos y seguidos de toda la población y de sus Magistrados.

Por la noche recibió el Alcalde de primer voto 4 000 reales de parte del Rey y 3.000 reales de la de la Reina para los dos establecimientos de beneficencia.

Repentina y expontáneamente se decidió entre los jóvenes dar una serenata á Sus Majestades en aquella misma noche, última de su estancia en San Sebastián. Dispusiéronse inmediatamente unas letras alusivas y pocos momentos bastaron al célebre profe-

sor Albéniz para adaptarlas á una composición que repentizó.

Hé aquí la letra de la serenata (1)

¡Del miserable humano
Cuan duro es el destino!
¡Vino y apenas vino
Fernando se nos vá!

¡Ay! el dolor suceda
A la risa y al canto
¡Ah! ¿cuánto más el llanto
Que el gozo durara?

También la amable Amalia
También huye y se aleja
¿La suerte que nos deja?
El poder de llorar.

Mas no, su imagen bella
No se irá á su partida
Pues honda está esculpida
Y no se ha de borrar.

¡Ah! Mantúa la orgullosa!
Justa es tu vanagloria
Que en tí no es transitoria
Nuestra dicha fugáz.

Mas ni ella ni otra villa
A Easo se adelanta
En amor, y fé san'a
Gratitud lealtad.

Id, la familia Hispana
Está toda aguardando
A Amalia y á Fernando
Mas no nos olvidad.

Id, y nosotros vamos
Al Templo á orar por vós,
Id, id, pero por Dios
De Easo os acordad.

A las once de la noche fueron Sus Majestades sorprendidos con la serenata que se daba debajo de sus balcones y á pesar de lo intempestivo de la hora abrieron las vidrieras y se asomaron para escuchar aquella orquestilla compuesta solo de flautas y de guitarras que recorrió después las calles de la Ciudad y concluyó de tocar á media noche en la Plaza.

Día II

Las hileras de los Tercios, de la Guardia Real y del Provincial de Monterrey,

(1) A pesar de que los tales *verso??* son una série de disparates, no hemos podido resistir á la tentación de copiarlos aquí, á fin de que los lectores se formen una pequeña idea de los *¡preclaros poetas!!* que encerraba entre sus muros la Capital de Guipúzcoa en el año de gracia de 1828.

anunciaron la partida de SS. MM. Las autoridades y corporaciones precedidas de la música de jóvenes del Pueblo, de las comparsas de *Ezpatadantzaris* y de *Burrucas* salieron del Pueblo, dirigiéndose al arco triunfal, bajo el cual hicieron alto. En dicho arco se habían cambiado las inscripciones, leyéndose en la fachada que daba hacia la Ciudad y cornisa de la derecha:

Id en paz buen Fernando el cielo santo
La vía siembre de ventura y flores
Nosotros á llorar vamos en tanto.

IDEM EN EL DE LA IZQUERDA

Parte buen hora Amalia, y el despecho
Templaremos nosotros esculpando
Tu bella imagen en el firme pecho.

EN LA FACHADA OPUESTA Y CORNISA DE LA DERECHA,
EN VASCUENCE

Joan bedi paquean Fernando oneguia ceru dontsuac
Zorion ta lorez ereiten dio dabilen toquia;
Bitartean negarretara garamatz naitasunaren suac.

EN IDEM DE LA IZQUIERDA

Ez Amalia maitea ezdu aldeguin bear emendie
Bedorren mentasma modueztia, ta ichura ederra
Colcoan gordeteen ditugu, betico otalluric.

Entre tanto SS. MM. salieron de su habitación y hallaron en la antecámara á la Comisión de obsequios de la Provincia, que pidió reverentemente el disimulo de las involuntarias faltas que hubiese cometido: el Rey contesto: *Nada de faltas, nada; gracias, gracias* y dando á besar la mano á los comisionados, partió para no volver jamás á la Capital de Guipúzcoa.

Setenta y tres años y medio han transcurrido desde aquella visita á nuestro Pueblo y como todo lo sucedido en dicha época pertenece ya á la historia, tenemos perfecto derecho para juzgar á aquel bandido coronado, quien con Felipe II constituye la pareja que más ha contribuído al rebajamiento moral, intelectual y material de la Patria Española.

Cuando Fernando VII fué invitado para visitar esta capital en el año 1828, venía de Cataluña á donde había ido personalmente, con el feróz conde de España, á sosegar el Principado. Había el Rey prometido á los rebeldes no derramar sangre en los suplicios;

pero vencida la insurrección dió mucho que hacer al verdugo en Tarragona y Barcelona, y para satisfacer á los realistas puros arreció la persecución contra los liberales. Algunos años antes habían vuelto á funcionar los tribunales de la Inquisición con el nombre de Juntas de la Fé, aunque por poco tiempo, en Valencia, Tarragona y Orihuela, y en la primera de estas Ciudades ocurrió el caso de Antonio Ripoll, maestro de escuela, el cual vivía medio desnudo y hambriento para dar á los pobres lo que recibía de los discípulos. Preso sin resistencia por culpa de una delación, en la cárcel cedía la mayor parte de la sopa que le suministraban, al más necesitado, y se despojaba de algunas prendas de su traje para cubrir al que tenía frío. La Junta de la Fé lo declaró herege, contumaz, y lo relegó á la justicia ordinaria; la Audiencia de Sevilla confirmó la sentencia de muerte. Ripoll no se alteró; solo insistió en preguntar en virtud de qué ley y con qué derecho se le iba á privar de la existencia. Excusado es decir que no tuvo respuesta. Su dulzura y su amor al prójimo eran tales, que la mañana que le sacaron de la cárcel lloraron todos los encarcelados; fué en 31 de Julio de 1826; condujéronle al cadalso con muchas de las ceremonias de los autos de fé, le pusieron una mordaza para que no hablara, insultaron su agonía, y después de muerto le metieron en un tonel pintarrajeado y lo arrojaron al río. Aquella fué la última llamarada de la Inquisición, pues la Europa entera se horrorizó al saberla y el Gobierno de Madrid, por el bien parecer, preguntó qué tribunal era la Junta de Fé de Valencia, però el asesinato quedó impune. ¡Y todos estos crímenes y otros muchos se cometieron durante el reinado de aquel al que San Sebastián recibió con arcos de triunfo, fiestas, aclamaciones y serenatas! Perdonemos á nuestros antepasados, porque piadosamente pensando hemos de suponer, que *no supieron lo que se hicieron.*

Un amigo del País.

